

LILY HARLEM



RENDIDA
ANTE EL
GUERRERO VIKINGO

Rendida ante el guerrero vikingo
Lily Harlem

Derechos de autor © 2022 Lily Harlem

Todos los derechos reservados.

Con la excepción de citas utilizadas en reseñas, este libro no puede ser reproducido ni utilizado en su totalidad o parcialmente por ningún medio existente sin permiso por escrito de Lily Harlem.

Advertencia: La reproducción o distribución no autorizada de esta obra protegida por derechos de autor es ilegal. Ninguna parte de este libro puede ser escaneada, subida o distribuida a través de Internet u cualquier otro medio, electrónico o impreso, sin el permiso por escrito del autor.

Este libro es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, vivas o fallecidas, es pura coincidencia. Los personajes son producto de la imaginación del autor y se utilizan ficticiamente.

Arte de portada y edición por Studioenp

Contenido

[Rendida ante el guerrero vikingo](#)

[Derechos de autor](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

Capítulo uno

Ingrid tiritó junto a la hoguera, cuya llama iba apagándose cada vez más. Su escasa reserva de troncos no presagiaba nada bueno para el largo invierno que se avecinaba. Sencillamente no había logrado tener la energía necesaria para talar y cortar, pero, siendo frugal, quizá le alcanzara hasta la primavera.

Primavera. La sola palabra se le hacía escuálida en la boca. Aún faltaba mucho tiempo para eso: la intensa nevada, la misma que impedía el paso hacia Halsgrof, acababa de empezar a caer aquella mañana. Y ahora, por la forma en que había envuelto las colinas con su grueso manto, se había adherido a los bordes baldíos de los acantilados y había techado de blanco la casa larga donde vivía, Ingrid sabía que no habría paso en el único camino que conducía al pueblo. A medida que pasaran los días, nevaría todavía más y se formarían las enormes grietas que los dioses soplaban para crear avalanchas que podrían sepultar a un guerrero, por muy fuerte e implacable que fuera.

Suspiró y se frotó los brazos, intentando crear calor por fricción. Ya no podía hacer nada más. Ahora estaba sola en Cativad, un lugar en el que únicamente existía una pequeña granja: la suya.

Tendría que hacer hasta lo imposible por sobrevivir. Si, en efecto, el gran rey Njal había elegido a su hija, Tove, para convertirse en su reina, la primavera significaría una nueva vida para su hija. Una rebosante de comodidad, protección, e incluso respeto. Tove sería una reina maravillosa, el pueblo de Halsgrof no podría dejar de adorarla.

La hija de Ingrid era amable y gentil, pero sabía muy bien lo que quería. Era valiente, mas no tonta, e inteligente, mas no se henchía de altivez. El rey Njal podría hacer una elección mucho peor; de hecho, no podría elegir a nadie mejor.

El viento aullaba, colándose entre una abertura con forma de espada en el techo, y varios copos de nieve hicieron una danza triunfal al pasar. Ingrid frunció el ceño. Había arreglado el tejado lo mejor que había podido. Por suerte, su marido, que ahora festejaba con los dioses, lo había construido bien hace ya tantos años, aunque igual que las estaciones, los tejados no duraban para siempre. De hecho, el tejado del granero estaba en una condición mucho peor: tendría que arrear a sus cabras y pollos a la casa cuando el lago se congelara, lo cual no era algo que Ingrid disfrutara.

Su pequeña casa era austera, pero se enorgullecía de mantenerla limpia y de aprovechar al máximo las pocas posesiones que tenía.

Se pasó un dedo por la túnica. El material estaba deshilachado y no le vendría mal un lavado, pero era la prenda que más le abrigaba, y despojarse de ella para limpiarla significaría pasar frío día y noche.

—Ay, mi queridísimo Frode —susurró—. Si solamente no me hubieras dejado. Si solamente fuera yo quien estuviera contigo esta noche en lugar de los dioses. —Cerró los ojos con fuerza. Había pasado tanto tiempo desde la muerte de su esposo, Frode, siendo Tove una niña de apenas unos veranos. A Ingrid le resultaba cada vez más difícil evocar su rostro en su memoria.

Recordar su cuerpo desnudo contra el de ella era una tarea todavía más ardua. Solo había yacido con ella en contadas ocasiones; suficiente, al parecer, para tener una hija y nada más. Ingrid había querido más bebés, y él no se los había dado, no porque no la amara, sino porque así

habían decidido los dioses su destino.

Frustrada, había empezado a buscar su propio placer furtivamente. Solía tocarse y pensar en él para drenar la tensión de su cuerpo con dulces pulsaciones que recorrían zigzagueante su pelvis. Esa era una de las pocas cosas que no habían cambiado cuando murió, porque su satisfacción física no había sido algo en lo que él hubiera estado involucrado en vida.

El viento volvió a azotar la casa. Los huesos de las paredes crujieron y la puerta forcejeó contra sus goznes de hierro.

—En el nombre de Thor —murmuró Ingrid, poniéndose de pie. La nieve se había metido por debajo de la puerta y se amontonaba contra un barril vacío que en otra época había contenido el hidromiel de Frode.

De mala gana, se apartó del débil calor que brindaba el fuego y metió sacos en el hueco del tejado. Tenía los dedos rígidos y pálidos.

—He debido de haber ido al pueblo con Tove. —Quizá hubiera valido la pena dejar el ganado a su suerte y renunciar a lo poco que le quedaba. Al menos en el pueblo había esperanza de trabajo, comida y cobijo. Aquí, la esperanza era como un delgado hilo de araña al que aferrarse, la única certeza era un invierno largo y amargamente frío con muchos días de solitaria oscuridad.

Su estómago gruñó, se puso la mano sobre él y se volvió hacia el fuego. Sentía el interior hueco, cóncavo. Estaba vacía de todo.

De repente, la puerta resonó con estrépito. Tres golpes fuertes que casi hicieron ceder la madera ante el metal.

Ingrid se dio media vuelta al instante y su corazón se aceleró. ¿Habría sido el viento?

Pum, pum, pum.

Dejó escapar el aliento. No, no podía ser el viento. ¿Tal vez sería un oso que despertó por la ventisca y estaba hambriento? ¿Un lobo lanzándose desesperado contra la puerta para entrar y comérsela? ¿Un alce buscando refugio?

—Dejadme entrar, mujer.

¿Era un hombre? ¿Quién? ¿Y por qué estaba ahí?

—Abrid la puerta. Os lo ordeno, ahora —dice una voz profunda y sombría.

—¿Quién... quién sois? —Se le hizo un nudo en la garganta de miedo.

—He dicho que lo hagáis ahora, antes de que se me congele la entrepierna.

Pum, pum, pum.

Apresuradamente, Ingrid destrabó el cerrojo de la puerta y la abrió en medio de una nevada y una ráfaga de viento helado.

Se enfrentaba a un hombre imponente, aún más alto y ancho gracias a la enorme piel de lobo que llevaba sobre los hombros. Su barba era espesa y negra, y unos ojos oscuros y entrecerrados la observaban desde debajo de sus gruesas cejas.

—Vuestro granero es una desgracia —dijo, haciéndola a un lado y adentrándose en su morada—. El tejado no sirve para nada.

—¿Ha... ha estado en mi granero? —Ella lo miró fijamente mientras él se limpiaba la nieve contra el suelo, la cual el viento sopló instantáneamente e hizo que se levantara entre ambos.

—Sí. —Señaló la puerta con su mano del tamaño de un plato—. Cerrad eso, mujer, es invierno por si no os habíais percatado.

—Sí me había percatado, y la cerraré cuando se marche.

El hombre bufó.

—No me marcharé. Cerrad la puerta.

—Idos ahora mismo, o en el nombre de Odín, yo... yo...

—¿Qué haréis? —Se bajó la capucha, despidiendo una polvareda nival al aire—. ¿Eh? Decidme, ¿qué vais a hacer?

—Haré... haré que os marchéis.

—No lo creo, Ingrid.

Se quedó boquiabierta.

—¿Cómo sabéis mi nombre?

—Sois la madre de Tove, nuestra reina y la nueva esposa del rey Njal, ¿estoy en lo cierto?

—¡Ah! —exclamó mientras posaba la mano en su pecho. ¿Le había oído bien? ¿Acaso sus sueños para Tove se habían vuelto realidad? ¿En verdad estaba este vikingo delante de ella diciendo semejantes palabras? ¿O acaso tenía tanto frío y estaba tan sola, tan absorta en su pérdida de Frode y la añoranza por su hija, que se había inventado al hombre, como si los dioses le hubieran jugado una mala pasada?

—¿Y bien? ¿Lo sois? —inquirió él.

—Sí, sí lo soy. Soy la madre de Tove.

Gruñó, pasó a su lado y cerró la puerta.

—Bien, entonces estoy donde me ha ordenado viajar el rey Njal.

Se quedó cerca de Ingrid, cerniéndose sobre ella. El aroma a montaña y nieve, a mar y tierra le invadió la nariz y los pulmones. ¿Alguna vez se había sentido tan pequeña? El hombre era un gigante, le sacaba al menos cabeza y media, y era tan corpulento como un oso.

—¿El rey Njal?

—Sí, me han enviado para complacer a su nueva novia. No quería que su madre estuviera sin recibir nada, así que aquí estoy.

—¿Aquí para traer qué?

—Provisiones.

—De ser así... —Dio un paso atrás y extendió las palmas de las manos—, ¿dónde están mis provisiones? No las veo.

—En el granero, justo allá. —Señaló la puerta—. Descargaremos el carro después de que haya llenado el buche y haya dormido. —Se acercó al fuego, se quitó la capa y la arrojó sobre un banco.

Ingrid se precipitó tras él.

—Deberíamos hacerlo ahora, el granero...

—Está en un estado tan lamentable que vuestro esposo debería avergonzarse de ser vikingo.

—Mi esposo... —comenzó Ingrid, inclinando la barbilla—, era un gran vikingo.

—¿Era?

—Ahora festeja con Odín y Thor, Frigg y Loki. Alza su copa por aquellos que todavía han de unírsele. Y eso os incluye a vos... —Levantó las cejas.

—Ah, sí, yo soy Gunnar de Barosvik. —Se dio un golpe en el pecho con la mano, al mismo tiempo que movía un broche con la imagen de la cabeza de una serpiente—. Hijo de Ifor de Barosvik. —Hizo una pausa—. Y lamento vuestra pérdida, así como la del padre de la reina.

Ingrid se le quedó mirando un momento, escudriñándole en busca de sinceridad. Estaba en su voz, pero ¿y en sus ojos?

Antes de que ella pudiera verlo, el hombre se sentó a la mesa, haciendo que las patas del

taburete chirriaran contra el suelo.

—Alimentadme con un festín, mujer. He viajado desde lejos en esta noche maligna. E hidromiel, servidme hidromiel.

—¿Alimentaros?, ¿serviros hidromiel? —Ingrid señaló un estante que contenía una cesta de pescado seco, una bolsa de granos y varios tarros de fruta y col en conserva—. ¿De verdad creéis que puedo prepararos un festín con tan poco?

—¿Esas son vuestras provisiones? —Abrió los ojos de par en par.

Por un momento la embargó la vergüenza, pero no había cabida en su interior para una emoción como aquella, así que bien podía mandarla de excursión al bosque. Esta era la realidad, *su* realidad. Ingrid había tenido una vida dura, una que le había ahorrado a Tove al enviarla lejos, pero en lo que respectaba a ella misma... tal vez no había querido que la salvaran. Tal vez unirse a Frode y a los dioses había sido un plan que había urdido pero que se negaba a reconocer.

—En nombre del Padre de Todo, me gustaría saber qué teníais pensado comer este invierno. El lago estará más gélido que una piedra en la bota antes de que os deis cuenta. Y las colinas de aquí son duras, la tierra pobre. —Negó con la cabeza—. No era un buen lugar para establecer una granja y criar a una hija.

—Fue donde desembarcamos después de nuestra boda en un fiordo del norte —dijo Ingrid.

—No habría sido mi elección. —Sacudió la cabeza y cogió su capa—. Echad otro tronco al fuego y poned agua a calentar.

—Pero no tengo muchos...

—Tenéis troncos ahora que estoy aquí con mi hacha. —Su barba tembló, como si hubiera apretado la mandíbula—. Así que usad lo que tengáis con toda libertad. —Volvió a ponerse la capa, y el movimiento hizo soplar una brisa—. La leña ya no es problema alguno.

—¿Adónde vais?

—Al carro para traer comida. No había previsto que viviríais con tan poco.

Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

Ingrid le siguió con la mirada. Hace unos instantes se había resignado a pasar una noche fría y hambrienta, pero ahora había aparecido aquel guerrero, hosco, exigente y colosal, pero con comida y la promesa de traer leña.

Arrojó un tronco a la hoguera y atizó las cenizas para reavivar las llamas. Luego echó varios cucharones de agua en el caldero que había encima. Una vez hecho esto, corrió hacia la puerta y la abrió de un tirón para revelar la oscuridad lechosa.

Apretó los dientes y entrecerró los ojos. El frío le dolía y el viento era rencoroso. Entre la ventisca, distinguió a Gunnar entrando en el granero, quien a su paso dejaba pisadas hondas con sus grandes botas.

Sus cabras y gallinas balarían y graznarían cuando entrara un desconocido, Ingrid ya lo sabía. Pero el hombre ya había metido un carro y probablemente también un caballo o dos, así que no se apresuraría a calmarlos.

Miró hacia la izquierda, donde estaba el fiordo. Aunque era apenas visible a través de la nieve que arreciaba de lado, ya se había cubierto de un manto blanco: el hielo no tardaría en ocupar la superficie y quedarse así por varias lunas.

Mañana arrastraría el bote de Frode hasta la orilla de guijarros. No valía la pena salvarlo, pero no iba a destruir voluntariamente algo que había sido suyo.

Oyó un ruido a su derecha.

Gunnar estaba arrastrando los pies desde el granero, con los hombros caídos y la borrasca

alborotándole el pelo largo y oscuro. Llevaba un saco bajo un brazo y un pequeño barril en el otro.

Cuando llegó a la puerta, ella se hizo a un lado para dejarle pasar y luego la cerró rápidamente.

—¿Qué tenéis?

El hombre no le respondió. En cambio, puso el barril encima del vacío de Frode, sacó un cuerno del saco y lo llenó de hidromiel. Bebió hondo, a tragos ruidosos y con los ojos cerrados.

—Ah, así está mejor. —Se limpió la boca con el dorso de la mano—. Traedme un cuerno y os lo llenaré.

Ingrid hizo lo que le había ordenado.

—Y esto también es para vos. —Cogió el cuerno, y en lugar de devolvérselo le presentó una prenda roja.

—¿Qué es?

—Un presente del rey Njal y la reina. Todo viene de su parte. He traído muchos regalos.

—¿Y qué hay del hidromiel? ¿El hidromiel que bebéis me pertenece?

Luego hizo una pausa.

—Estoy seguro de que no negaríais bebida y comida a un guerrero que ha arriesgado su vida para traer estos regalos.

—No, por supuesto que no. —No era eso a lo que se había referido, pero su cerebro aún asimilaba el hecho de que su hija era la nueva reina y que le había llevado más provisiones—. Cenad a vuestro antojo.

El hombre inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Y esto es precioso —dijo, desdoblado el material.

La capa de color sangre, confeccionada con lana gruesa, tenía brillantes hilos dorados en las costuras y también una capucha con el pelaje de lobo más suave que alguna vez hubiese sentido.

—Sí, os dará abrigo hasta que pueda arreglar el tejado. —Señaló hacia arriba.

—¿Vais a arreglarlo?

—Sí, debe hacerse. —Le tendió una copa.

Antes de cogerla, se echó la capa sobre los hombros. Era pesada y al instante retuvo el calor contra su cuerpo.

—Lo agradezco.

Él no contestó. Rellenó su copa y empezó a sacar objetos del saco y a depositarlos en la mesa junto al fuego.

Pescado seco envuelto en lino, una hogaza de pan de centeno, una jarra de suero de leche y tarros de miel, verduras en escabeche y avellanas tostadas.

A Ingrid le saltaron los ojos y se le hizo un nudo en el estómago.

—Son demasiadas cosas.

—Nos llenará la barriga esta víspera. —Dejó el saco a un lado y cogió el pan. Acto seguido, arrancó un trozo y lo mordió—. Mañana apilaremos y ordenaremos el resto de las provisiones para que los ratones no se las lleven.

—¿Aún queda más? —Vio cómo se le movía la barba mientras masticaba.

—Sí, lo suficiente para todo el invierno, para que nos dure a los dos todo el invierno.

Capítulo dos

¿Qué? ¿Acaso le había oído bien? ¿Había dicho que les duraría a los dos durante el invierno? ¿Todo el invierno?

—Pero... ¿qué...? Es decir... —tartamudeó.

El hombre se sentó junto al fuego —su figura parecía enorme en contraste con la diminuta silla de Ingrid—, y siguió comiendo pan. Unas migas se incrustaron en la túnica de cuero que llevaba sujeta a la cintura con un ancho cinturón de hebilla de latón.

—No es posible. Gunnar de Barosvik, no podéis quedaros aquí todo el invierno.

—¿Y dónde proponéis que me quede? —Inclinó la cabeza, con el entrecejo fruncido—. ¿En el granero?

—No. —Señaló el camino hacia Halsgrof—. Volved al pueblo.

El hombre resopló.

—¿Y cómo voy a hacerlo? —Cogió un pescado y le hincó el diente.

—Por la misma dirección por donde habéis venido... —Se le heló el corazón al darse cuenta del problema—. Ahora marchaos enseguida, antes de que la nieve cierre el paso.

—¿Queréis que me vaya ya, mujer?

—Sí. Ahora mismo. —Se precipitó sobre él y le cogió del brazo, dándole un buen tirón—. Moveos.

Gunnar no se movió.

—Andando, rápido, o la nieve impedirá el paso. Sabéis que lo hará —dijo, sin dejar de tirar de su brazo.

—No me voy a mover de donde estoy sentado, mujer. —Se encogió de hombros como si ella no fuera más que un insecto irritante.

—Debéis hacerlo, debéis marcharos ahora. Es la única forma. —Ingrid tiró de él con más fuerza y empleó todos sus músculos y esfuerzos, pero terminó jadeante.

—No os corresponde decir tal cosa. —Le rodeó el antebrazo con sus grandes dedos y la detuvo—. No es decisión vuestra, madre de la reina.

—Ingrid. Me llamo Ingrid, y este es mi hogar. La decisión me corresponde a mí, y sí, soy la madre de la reina, así que no lo olvidéis.

—Puede que así sea a partir de hoy, y puede que este sea vuestro hogar, pero la ausencia de vuestro esposo me convierte en el hombre de esta casa larga y el vikingo cuya palabra se escuchará y obedecerá bajo este techo. —Frunció el ceño cuando vio la abertura en el tejado—. Ahora dejadme en paz. Estoy cansado y hambriento después de mi viaje.

Ingrid retrocedió y le fulminó con la mirada. Era tan testarudo como grande; tan inamovible como la mismísima montaña.

—Os marcharéis mañana. —Se llevó las manos a las caderas—. Eso os lo estoy diciendo aquí ante los dioses.

Gunnar bebió de su cuerno y se reclinó más.

—Comed, mujer, antes de que los huesos se os salgan por la piel.

Ingrid resistió el impulso de arremeter contra él, de estampar el pie con furia o de coger el atizador y zurrarle en la cabeza. La verdad era que la comida la llamaba: su voz atronaba en su estómago y competía con su frustración por el hecho de que aquel guerrero se hubiera instalado en su casa con la intención de quedarse.

Cogió un cuenco de madera, sopló para quitarle de encima varias motas de polvo y puso en él un pescado, avellanas y pepinillos. También se sirvió una ración de pan antes de que Gunnar lo engullera todo.

Sentada frente a él, con el fogón de por medio, empezó a comer. El pescado era ahumado y carnoso; las avellanas, frescas y dulces; y el pan había sido horneado por alguien hábil, probablemente el panadero del rey y la reina.

—Está bueno, ¿verdad? —inquirió Gunnar con la boca llena de comida.

—Lo está. —Dio un sorbo a su bebida.

Él se inclinó hacia delante y añadió otro tronco.

Ingrid abrió la boca para objetar, pues eran valiosos, pero entonces recordó lo que él había dicho sobre ir a cortar más.

Cuando se cerraba el paso, el bosque se extendía tanto en todas direcciones que para recorrerlo se necesitarían dos días de marcha. No faltaban árboles, solo le habían faltado fuerzas.

Se sirvió otro pescado. Quizá si hubiera comido así en las semanas anteriores a la llegada de las nieves, habría blandido un hacha con la fuerza de Thor.

El agua del caldero burbujeaba y el vapor se levantaba danzante.

Gunnar lo movió a un lado y se llenó la palma de la mano de nueces.

—Decidme —dijo Ingrid—. ¿Había muchas novias entre las que el rey Njal podía elegir?

—No, apenas unas cuantas. Aunque una era la princesa Hilda de Kaldaross.

—Ah.

—Es una mujer muy hermosa.

—Entonces, ¿por qué no la eligió el rey?

—El rey es un hombre sabio. —Hizo una pausa—. La belleza puede ser una máscara que debajo esconde una cara fea.

—¿Pasó algo? —preguntó Ingrid, y deseó haber estado presente.

—Podría decirse que vio debajo de la máscara. —Gunnar lanzó una nuez al aire, inclinó la cabeza hacia atrás y se la metió en la boca. Masticó, y luego sonrió—. Deberíais estar complacida, al rey le ha gustado todo lo que vio cuando miró a vuestra Tove, nuestra nueva reina.

—Es una bella persona por dentro y por fuera. —Ingrid inclinó la barbilla—. Frode y yo le hemos enseñado a ser amable y generosa, además de una muchacha fuerte y valiente.

—Y es eso lo que ha visto el rey también. —Se frotó las palmas de las manos al terminarse las nueces—. Por supuesto, además de una mujer apta para el lecho y para engendrar.

Ingrid asintió. Esperaba que Tove no encontrara muy traumática su primera noche como esposa y que la diosa, Freya, estuviera con ella.

Frode había sido delicado con ella cuando fue su novia; al menos, todo lo delicado que Ingrid creía que podía ser un vikingo. ¿Sería el rey Njal parecido? Era un gobernante, un guerrero y un valiente explorador. ¿Sería dominante y exigente y solo buscaría su propio placer? ¿O la piel pálida y el delicado cuerpo de Tove harían aflorar su lado más tierno? ¿Lo ablandarían para que la tocara con una caricia de plumas y un abrazo tan dulce como la miel?

—Y hablando del lecho —dijo Gunnar—. Es hora.

—¿El lecho? —preguntó Ingrid, y el pan que comía se quedó a medio camino entre el plato y su boca—. ¿Qué...?

—Eso no. —Fruunció el ceño, y luego se levantó—. Mis huesos están cansados, el viaje ha sido largo e hizo frío. Necesito dormir, y vos tenéis un lecho grande.

Tenía razón en aquello último. Su lecho estaba hecho del más fino roble y tenía tallados

dragones en el cabecero; el colchón era de paja y estaba forrado con pieles de animales. Era allí, arimándose junto al fuego para poder calentarse, donde Ingrid pasaba el tiempo durante los días más oscuros del invierno.

—Me servirá. —Le pasó por un lado y se desabrochó el cinturón. Acto seguido, lo dejó caer al suelo, se inclinó sobre el agua caliente y se salpicó la cara con ella. No se la secó, sino que dejó que el agua se le pegara a la barba y le goteara por la punta de la nariz mientras se dirigía hacia el lecho.

—Pero...

El hombre se desplomó sobre la cama como lo haría una piedra en un charco: cayó boca abajo, con los brazos extendidos a ambos lados. Gruñó y luego suspiró, hundiéndose como si su respiración lo estuviera desinflando.

Ingrid le fulminó con la mirada. Tenía el descaro de un zorro en un gallinero. Aquel lecho le pertenecía, ¿ahora dónde iba a dormir?

Volvió a gruñir, y entonces comenzó a emitir un ronquido fuerte y traqueteante. Le siguió otro, y luego otro.

Puso los ojos en blanco.

—Dioses míos, ¿qué me están haciendo?

Dejó el cuenco a un lado, terminó de beber y se acomodó la nueva capa bajo la barbilla. Por fin se le estaba calentando la sangre y ya no veía su aliento levantarse al aire cuando exhalaba. Estaba satisfecha, y se le había aliviado la sensación dolorosa por el estómago vacío.

No iba a negar que la llegada de Gunnar de Barosvik había sido bien recibida, aunque su partida también lo sería. Esta no era su casa y aquel no era su lecho. Una vez que hubiera desempacado las provisiones y cortado algo de leña, podría dirigirse al paso y atravesarlo antes de que la nieve lo sellara definitivamente.

Sería mañana a primera hora de la mañana.

Ingrid despertó con el crujido de un hacha partiendo madera.

También sentía el cuello como si estuviese hecho de madera. Se había quedado dormida de una forma muy incómoda en el banco, dándole la espalda a la pared.

Hizo una mueca, se levantó y avivó el fuego con otro tronco.

Un rayo de luz atravesó el tejado y supo que había dormido por muchas horas. Sin la incomodidad del estómago vacío y con el calor que le daba la nueva capa, había pasado una noche en la que durmió profundo y no tuvo sueños.

Crac, crac, crac.

El lecho estaba vacío, lo que, claramente, significaba que Gunnar estaba despierto y había ido a cortar leña.

—Bien, puede hacer eso, pero luego se irá de aquí y de mi tierra. —Se sirvió un tazón de suero de leche y bebió. Estaba delicioso, y esperaba que hubiera más.

Le emocionaba la idea de ordenar sus nuevas provisiones, pero eso lo haría una vez que Gunnar se marchase. Siempre y cuando todo lo que Tove y el rey le habían enviado estuviera fuera del carro, Gunnar podría irse, y ella se ocuparía de lo demás. Y si podía reponer su almacén de troncos antes, bueno, entonces hablaría a favor del hombre cuando conociera a su nuevo hijo en primavera.

Su nuevo hijo: el rey. Tove se había convertido en una reina.

Se pasó el pelo por encima de los hombros y salió con el corazón henchido de orgullo. Su hija iba a llegar lejos, sería la abuela de futuros reyes y reinas. ¿Quién iba a imaginar que los dioses tejerían un camino tan rico para ella?

La nieve seguía cayendo, pero sin prisa por llegar a su destino en la tierra. Los copos se arremolinaban en la brisa como si aprovecharan la libertad, danzando en el aire y hacia los lados y disfrutando del paisaje.

Siguió las huellas de Gunnar hasta el lado opuesto del granero, mientras los copos de nieve se pegaban a su nueva capa y le humedecían las mejillas. El hacha seguía golpeando la madera, haciendo un rítmico ruido sordo que le recordaba a Frode.

Pero, por supuesto, no era Frode el que estaba en el bloque, sino Gunnar.

Así, con el hacha en alto, se le tensaba el torso desnudo, lo que acentuaba los marcados músculos de sus brazos y hombros y la firmeza de su vientre. Los pantalones de cuero le llegaban hasta las caderas, y un rastro de vello oscuro se extendía desde el esternón hasta la cintura. Su piel no era pálida, sino del color de las avellanas, salvo por una cicatriz rosa pálido en forma de cuña que tenía en el pecho, como si alguien le hubiera rebanado un tajo de piel.

Volvió a blandir el hacha. La madera se partió por la mitad y cayó al suelo, tras lo cual el hombre se agachó y recogió otro trozo que ya estaba listo para cortar. Tenía la frente brillante de sudor, al igual que el vello de las axilas.

—Gracias por cortar la leña —dijo ella.

—La necesitaremos. —Levantó el hacha, apretó los dientes y la bajó.

—Yo la necesitaré.

Gunnar se detuvo y frunció el ceño. Diminutos copos de nieve adornaban su barba.

—He dicho nosotros porque yo pasaré el invierno aquí con vos.

—No, no, eso no va a pasar. —La sola idea le oprimió el corazón. No podía compartir su casa con un bruto como él, era imposible. Quería estar sola con sus animales y sus provisiones, y en primavera emprender el viaje a Halsgrof.

—La decisión no es vuestra. —Se secó la frente con el dorso del brazo.

—Desde luego que sí.

—Depende de los dioses —terció, señalando hacia arriba—. Ellos han...

—Y os diré algo más. —Ingrid le apuntó con el dedo—. Le diré al rey cómo habéis entrado en mi casa y actuado como si tuvierais derecho a ella —concluyó, levantando la voz. Sus mejillas húmedas se sonrojaron.

—¿Decírselo al rey? —inquirió, luego asintió con toda lentitud y cogió otro trozo de madera—. No puede decirse que eso me dé miedo, mujer.

—Pues debería, porque él me escuchará, así como ya escucha a Tove, mi hija.

Partió la madera por la mitad, mientras su poderoso cuerpo parecía macizo en el momento del impacto.

—Así que coged vuestras cosas e idos antes de que la nieve impida el paso al pueblo —dijo, y señaló su ropa, que estaba tirada sobre un tronco.

—La nieve ya ha cerrado el paso.

—Todavía no. Apenas está nevando.

—A duras penas pude sobrevivir ayer, y en cuanto a vos, por poco os dejan morir aquí sola, Ingrid.

—Eso no es cierto. El paso seguirá despejado. —En realidad, Ingrid no estaba muy convencida de aquello, pero no estaría satisfecha hasta que Gunnar hubiera intentado al menos cruzarlo.

—Sí lo es. —El hombre empezó a apilar los troncos junto al granero—. Tendréis que conformaros conmigo este invierno.

—No, no. —En sus venas se encendía la cólera—. Esa no es la verdad. No puedo teneros

aquí.

—¿Por qué no? —Extendió las palmas de las manos—. Soy útil. Mirad estas manos, pueden hacer muchas cosas.

—También pueden abocarse a la tarea de ponerle una silla de montar a su caballo y marcharse. —Abrió la chirriante puerta del establo—. Podéis hacer eso con vuestras manos.

Las gallinas graznaban, las cabras balaban y un magnífico caballo alazán levantó la cabeza de entre un montículo de su valioso heno.

—Idos. Idos ahora mismo mientras haya luz. —Señaló la débil circunferencia del sol tras las nubes—. Os lo ordeno.

—Me lo estáis ordenando. —El hombre se cruzó de brazos, con los nudillos presionando sus abultados bíceps.

—Sí, vikingo; debéis saber cuál es vuestro lugar.

Su ceja derecha tembló, al igual que su barba.

Ingrid hizo un sonido que parecía un resoplido y un gruñido a la vez, y su frustración fue en aumento. ¿Por qué seguía Gunnar allí de pie, semidesnudo e ignorando el frío? Le picaba el cuero cabelludo de puro fastidio y, de repente, la túnica le resultaba sofocante.

—Debo saber cuál es mi lugar —repitió él, tensando los músculos entre el cuello y los hombros, como dos triángulos marcados de poder.

—Vuestro caballo ya ha comido y descansado —dijo, entrando en el establo—. Es hora de que os vayáis, yo... ¡ah!

Gunnar se abalanzó sobre ella y le rodeó la cintura con los brazos. Su apretón era tan fuerte, como el de un oso, que la alzó en el aire y la apoyó contra su pecho desnudo.

—¡Soltadme! —gritó.

—Dejad de decirme lo que tengo que hacer, mujer. —Cerró la puerta del granero de una patada, para sorpresa de las gallinas y las cabras—. No lo toleraré.

—Vuestro lugar es... hacer lo que yo os diga que debéis hacer.

—Ahí es donde os equivocáis. Soy un guerrero vikingo y los dos estamos solos aquí... —Marchó hacia el tronco, un grueso y viejo tocón de la altura de una silla—. Estamos por nuestra cuenta durante el invierno, y eso es algo que no sorprenderá ni al rey ni a la reina, ya que me han enviado a venir cuando caía la nieve invernal.

Se revolió contra él e intentó quitarle los brazos de la cintura, pero fue inútil: su agarre era firme y notorio.

—Bajadme.

—Como queráis.

De repente Ingrid se encontró en el suelo, pero solo pudo incorporarse durante un segundo, porque entonces el mundo nevado se volvió del revés al quedar sostenida por la mitad y apoyada sobre la rodilla del hombre.

Chilló indignada, su túnica rozaba el polvo y su vientre estaba apoyado contra el muslo de Gunnar.

—¡Basta ya! —gritó.

—Gritad todo lo que queráis, aquí no hay nadie ni nada que os oiga salvo animales.

Ingrid le empujó e intentó ponerse en pie, mas no sirvió de nada. La había inmovilizado con su pierna izquierda.

—No tenéis derecho... soltadme.

—Ingrid, es evidente que lleváis demasiado tiempo sin un hombre vikingo en vuestra vida. Os habéis vuelto insolente, desagradecida e irrespetuosa.

Él le levantó su nueva túnica hasta la cabeza, haciendo que la prenda rozara el suelo y la envolviera en un resplandor rojo. Ingrid se aferró a sus pantalones e intentó zafarse.

—No os mováis. Os enseñaré a controlar vuestra boca y a aceptar nuestro destino. — Entonces la empujó por la espalda, inclinándola todavía más—. Esa lección la impartiré ya mismo.

—Oh, salvadme, Freya y todos los dioses del Valhalla. —Su trasero era ahora el punto más alto de su cuerpo, y Gunnar la tenía completa y verdaderamente aprisionada; estaba atrapada y vulnerable, a su merced.

—Está claro que habéis perdido la capacidad de obedecer al no tener a un hombre que os ponga sobre sus rodillas. —Gunnar zarandeó su deshilachada túnica—. Pronto arreglaremos eso.

—Hablaré con mi hija sobre esto, y ella os...

Paf.

—¡Ay! —Todo su cuerpo salió despedido hacia adelante cuando un fuerte azote aterrizó sobre sus nalgas, su gran mano enviando dolor y calor chispeando a través de su ropa en su carne.

Paf.

Jadeó.

—¿Cómo te atreves? Suéltame.

—La próxima vez te lo pensarás dos veces antes de decirme cuál es mi lugar —dijo, y le frotó por encima de los pantalones, la única barrera que existía entre su mano y su trasero.

No le dio tiempo a responder, la azotó de nuevo, y luego otra vez.

Ingrid chillaba, maldecía y jadeaba con cada golpe. Una quemadura al rojo vivo recorría su carne, y las nalgas le ardían como nunca en su vida. Frodo no la había azotado y nunca lo habría hecho: no era propio de su alma.

Cerró los ojos con fuerza mientras el castigo de Gunnar continuaba y sus lágrimas humedecían sus pestañas. No era solo el dolor, era la indignación. ¿Cómo se atrevía? ¿Cómo se atrevía a tratarla así? Ella no le pertenecía para castigarla de semejante manera, no era suya para que estuviera al mando.

Se detuvo y dejó la mano apoyada en su trasero, como si le perteneciera.

Ella levantó los talones, atrapando su pierna con la derecha.

—No puedes hacer esto, no puedes...

—Puedo y lo estoy haciendo. —Le volvió a dar un azote rápido y fuerte.

—¡Ay!

—No permitiré que te comportes así —dijo—. Te he traído provisiones para asegurar tu supervivencia este invierno, estoy cortando leña para mantenernos calientes, arreglaré tu tejado roto y haré otras cien cosas que requieren la atención de un hombre. —Hizo una pausa; respiraba deprisa—. Así que mostrarás agradecimiento, te alegrarás de que esté aquí y me obedecerás, mujer.

¡Obedecerle!

Le pellizcó la pierna con toda su fuerza.

—Detente, estás empeorando tu situación.

Zas, zas, zas.

De nuevo comenzaron a llover azotes. Ya no tenía frío, más bien estaba acalorada, enfadada y avergonzada. Aquel desconocido le había puesto la mano en la retaguardia como si fuera su marido, lo cual definitivamente no era y nunca sería.

Justo cuando ella pensaba que su trasero estallaría en llamas, él se detuvo.

Exhalaba entre sollozos cortos y guturales que calentaban el aire dentro de la túnica que cubría su cabeza. El corazón le latía con fuerza y el pulso le retumbaba en los oídos.

—Déjame en paz. —De nuevo intentó empujarle las piernas.

Esta vez le permitió levantarse y la haló hasta que quedó sentada en su regazo.

La cabeza le daba vueltas a Ingrid y en su campo de visión bailaban pequeñas manchas negras. Comenzó a balancearse.

—Te tengo. —Le rodeó la cintura con un brazo.

La acción la enfureció aún más.

—Suéltame. —Se levantó, tambaleándose, y se asió al borde del granero—. No tienes derecho... a hacer... eso.

Se frotó las palmas de las manos e inclinó la cabeza.

—¿Necesitas más azotes?

—¡No!

—Entonces te sugiero que dejes de decirme lo que puedo y no puedo hacer, Ingrid. Ahora que estoy aquí, debo encargarme de ti, la madre de la reina, del ganado y de este hogar. La responsabilidad de garantizar que todos sobrevivamos al duro invierno de esta tierra recae sobre mis hombros.

—Pero...

—Ah. —Levantó un dedo y se puso en pie—. Te vendría bien contener tus palabras. Los dioses me han bendecido con imaginación a la hora de imponer castigos por insolencia y desacuerdo.

Le miró boquiabierta. Quería borrar de un bofetón la sonrisa engreída que se había dibujado en sus labios, pero sabía que si lo hacía volvería a ponerla sobre su regazo o, a juzgar por lo que acababa de decir, algo peor.

Se levantó la capucha y se alisó la parte delantera de la capa. El trasero le escocía y su piel seguía caliente. Sin decir una palabra, se dio la vuelta y caminó por la nieve hasta llegar a la casa larga.

¿Acaso los dioses pensaban que era divertido juntarla con Gunnar de Barosvik durante los largos y oscuros meses que se avecinaban? Tal vez eso era lo que los entretenía, en cuyo caso haría un sacrificio con una de sus gallinas y entonces, quizá, el hombre sufriría un accidente o se toparía con una manada de lobos hambrientos.

Sí, eso le iría muy bien.

Capítulo tres

Ingrid miró su alacena a rebosar, la cual nunca había estado tan bien surtida. Tove y el rey Njal habían sido generosos con las provisiones, y había comida de sobra para el invierno, tanto para ella como para los animales. Y si Gunnar consideraba oportuno cazar también, seguro que no pasarían hambre.

Se frotó el trasero dolorido y pensó que quizá incluso podría engordar un poco. Hacía mucho tiempo que no tenía su propia capa de protección contra las frías noches.

Se giró al oír un ruido en el tejado y miró hacia arriba.

Gunnar estaba arriba, en el exterior, trabajando. Estaba oscuro, pero había anunciado que había más posibilidades de que le salieran pechos que de dormir con la nieve cayéndole en la cama otra vez. Había subido al tejado, martillo en mano.

Ingrid no se quejó, sería bueno que lo arreglaran.

Desdobló varias mantas nuevas y examinó el tejado: eran intrincadas y se habían elaborado hábilmente. Daría las que tenía raídas a los animales y tendría nuevas para ella.

Cuando hubo extendido dos mantas sobre la cama, echó otro tronco al fuego y saltaron chispas, tras lo cual ella sonrió y extendió las manos para buscar calor. Era la primera vez que el almacén de troncos estaba lleno desde la muerte de Frode. Gunnar había cortado leña una y otra vez, de sol a sol. Sus brazos trabajaban como ella imaginaba que lo harían los de un dios, incansables y poderosos.

Con toda honestidad, estaba agradecida. Pero eso no le impedía desear que se fuera.

—¡Mujer!

—¿Sí? —Ingrid levantó la mirada.

—Hazme comida y caliente agua. —El silbido del viento amortiguó y ahogó la voz gruñona de Gunnar—. ¿Me oyes?

—Sí, te escucho —dijo, y chasqueó la lengua. Si él iba a tratarla como a una esclava, ella encontraría algunas hierbas para enfermarlo y darle una lección.

El hombre empezó a martillar de nuevo.

Ingrid puso un caldero de agua a calentar sobre el fuego, luego puso pan en la mesa junto con col, verduras silvestres secas y aves ahumadas. Sorbió un poco de suero de leche y se sentó en el banco, más mullido ahora que lo había cubierto con una nueva piel de zorro rojo fuego.

Gunnar estaba bajando del techo en ese mismo momento, y su corpulencia sacudía los maderos. Aterrizó con suavidad al otro lado de la pared contra la que ella estaba sentada.

—Ah, qué bien —dijo unos minutos después, cuando entró dando un portazo y echando la túnica a un lado—. Tengo el estómago tan vacío como un barril de hidromiel después de un gran festín. —Se metió un trozo de ave en la boca y masticó—. Ya he arreglado tu techo. No sé cómo has podido vivir así tanto tiempo.

—Iba a arreglarlo.

Gunnar no contestó, sino que se limitó a enarcar una ceja y coger su cuerno para llenarlo de hidromiel, tras lo cual bebió.

—Las nuevas gallinas ya están instaladas —añadió Ingrid—. Las otras han dejado de picotearlas, así que apostaré a que habrá huevos mañana.

—Basta con darles granos y se olvidan de picotear a las demás. —Metió el dedo en el agua caliente, y exclamó—: Ah, qué bien. Cuando haya comido me bañaré.

Ingrid miró la vieja bañera de madera del rincón. Al igual que el tejado, tenía una filtración.

—¿Te bañarás?

—Sí. —Se sentó a la mesa y empezó con la comida.

Ingrid mordisqueó carne de ave y verduras y se bebió su suero de leche de un tirón.

Cuando Gunnar terminó, se llevó la mano a la barba, tiró de ella y luego frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó Ingrid.

—Todo esto se tiene que ir. —Hizo una mueca.

—Pero la barba hará que entres en calor.

—Me volverá a crecer con el tiempo. —Le hizo un gesto con la cabeza—. Además, tú no tienes barba, y tu barbilla no se pone negra ni se cae en invierno.

Ella se tocó la cara y se echó a reír, a pesar de su persistente irritación con el hombre.

—Espero que no.

Se puso de pie y las patas de la silla chirriaron contra el suelo.

—¿Dónde lo habré metido?

Por un momento rebuscó en su saco y luego sacó un bloque de jabón de castaño envuelto en lino y una hoja afilada con mango de hueso blanco. Luego se sentó a la mesa, acomodó un cuenco de madera con agua delante, y se cortó la barba.

Ingrid le observaba con curiosidad. Frode se había recortado y adornado la barba con cuentas en alguna ocasión, pero nunca se la había quitado del todo.

Cuando Gunnar se hubo recortado la barba hasta dejarla corta, se enjabonó las manos hasta que hicieron espuma y se empapó la barba. Luego enjuagó la cuchilla con cuidado, lenta y repetidamente, y raspó la barba incipiente.

Pronto su mandíbula quedó lisa, sus facciones se acentuaron aún más y se pudo distinguir una cicatriz plateada y dentada que tenía en la barbilla.

—Mmm —dijo para sus adentros mientras se frotaba la cara con la palma de la mano—. Hacía tiempo que no sentía esa sensación. —La miró—. Ahora la cabeza.

—¿La cabeza?

—Sí.

Ingrid se puso de pie.

—No, te dará frío.

—Es mejor quitarlo y...

—No en esta época del año —intervino ella, cogiendo la hoja—. Pero si insistes, déjame intentar algo.

Gunnar arqueó las cejas.

—¿Qué tienes en mente?

—Lo cortaré un poco, mas no todo, y entonces lo arreglaré como solía hacerlo mi madre con el de mi padre.

—No, prefiero cortarlo por completo. —Agarró un mechón grande de cabello y tiró de él con fuerza.

—¿Y arriesgarte a congelarte el cuero cabelludo? —Se puso la mano en la cadera, laladeó hacia la izquierda y frunció el ceño—. Y el cerebro que tengas ahí.

Él se encogió de hombros, esbozando una sonrisa.

—Entonces, adelante. Si no me gusta, me lo afeitaré de todos modos.

—Te gustará. —Ingrid metió las manos en el agua caliente y encontró el jabón—. Confía en mí.

—La confianza hay que ganársela —dijo él, y soltó un sonido ronco y gutural.

—Algunos dirían que está hasta que se pierde. —Se puso detrás de él y comenzó a enjabonarle el pelo.

—¿Tu esposo confiaba en ti?

—Sí, por supuesto. Nunca habría hecho nada para perder su confianza.

—¿Siempre le complacías?

Ingrid hizo una pausa y luego concluyó:

—Cumplí con mis deberes de esposa en la granja.

—¿Y eso incluía seguir su palabra y toda instrucción?

—Le di una hija. —Ingrid le recortó el pelo alrededor de la oreja derecha. Cortaba cinco centímetros por encima de cada oreja, de la sien a la nuca, y en la parte superior hacía una trenza apretada.

—Estás evitando mi pregunta.

—No entiendo lo que estás preguntando, Gunnar.

—Insistiré en mis palabras. Te aseguro que tu obediencia o rebeldía hacia tu marido no afecta nada el estado actual de las cosas.

—Y dime, ¿cómo son las cosas ahora? —Le cubrió la punta de la oreja con la mano mientras deslizaba la hoja por su piel, produciendo un leve sonido al rozar.

—Seré franco. Soy el guerrero vikingo de esta morada, y tú eres una mujer menuda. Es claro que has estado sin la compañía de un hombre durante demasiado tiempo, pues la granja se halla en un estado deplorable y tus preparativos para el invierno fueron lamentables.

Ingrid apretó la mandíbula mientras enjuagaba la hoja.

—Si no fuera por el mandato del rey y la reina, no habrías estado aquí para contarlo. Por tanto, me obedecerás sin rechistar y harás cuanto se te diga. Así será. Soy tu amo y agradecerás cada cosa que haga por ti aquí.

—¿Acaso así es? —Sus mejillas se encendieron, y no tenía nada que ver con el hecho de que estaba de pie junto al fuego.

—Sí, así es. Y lo comprenderás bien.

Siguió rebajándole la abundante mata de pelo hasta que dejó al descubierto un cuero cabelludo entintado de un azul desvaído. Eran tatuajes de espirales que formaban círculos entre sí, y algunas terminaban en punta cuales lanzas.

—Será un largo invierno —prosiguió Gunnar tras un momento—. Un largo invierno en el que nos encontraremos solos los dos.

—Y no uno que esté gozando.

—Estoy conforme en que las noches serán negras, frías y silenciosas. No tendremos más compañía que los animales.

Ingrid guardó silencio. ¿Adónde quería llegar con eso?

—Deberías saber que soy un hombre con necesidades. —Su voz era baja y profunda, como si su garganta estuviera carraspeando—. Al igual que tu marido.

«Por el amor de Freya. Está hablando de sexo y de sus necesidades carnales».

Abrió la boca para confesar que Frode apenas la había tocado, pero se contuvo, pues no era información que debiera compartir con Gunnar.

—Tus necesidades no me conciernen —anunció Ingrid, y comenzó a recortar el lado opuesto de su cabeza.

—¿De veras?

—No. —Le cortó el pelo con más brusquedad que antes—. No me conciernen.

—Ah...

—¿Qué significa ese «ah»?

—Significa que, ah, ya veremos cuánto te importarán mis necesidades, mujer.

«¿Cuánto me importarán... sus necesidades?».

Una llama minúscula se encendió en su vientre y se deslizó entre sus piernas, por lo que apretó los muslos para contenerla. No tenía ni la menor idea de lo que sería entregarse a un guerrero como Gunnar, o de sentir el tamaño de su poderoso miembro. Probablemente no sería capaz de soportarlo después de tanto tiempo sin un hombre.

Pero de solo pensarlo, su flor cobró vida. Sintió un agradable zumbido de anticipación que tensó los músculos de su interior.

—¿Ya casi has terminado, mujer? —Se movió en el asiento.

—Sí, quédate quieto o te haré sangrar.

Gunnar refunfuñó y se cruzó de brazos.

—Ya podría haberme afeitado todo yo mismo.

—Te gustará y me lo agradecerás —sentenció Ingrid, apartando sus pensamientos sobre las necesidades de aquel hombre.

Él no contestó, y por toda respuesta Ingrid frunció los labios y terminó de afeitarse el lado derecho de la cabeza. Empezó con el pelo de la parte superior de la cabeza, entrelazándolo con los dedos y formando una intrincada trenza que no dejaba ningún mechón suelto.

El fuego crepitaba, y Gunnar lo contemplaba como hipnotizado por el centelleo de las llamas que acariciaban la base del caldero mientras éste humeaba. Sus anchos hombros permanecían inmóviles, su respiración entrecortada. Ingrid no pudo evitar imaginarse como un dragón dormido, uno que parecía tranquilo pero que podría entrar en acción en cualquier momento. Se lo figuró convirtiéndose al instante en un guerrero dispuesto a luchar y matar, en un explorador preparado para batirse con las olas altas y el peligro, o en un hombre dispuesto a tumbar a una mujer sobre sus rodillas para darle unos buenos azotes.

Al recordarlo, sintió un cosquilleo en las nalgas y una nueva punzada de humillación invadió su pecho.

Sin embargo, pronto llegó al final de la trenza y cogió aguja e hilo. Mientras la cosía, tuvo que resistir la tentación de clavarle la aguja como pago por los azotes, pero se resistió: su piel era tan gruesa que seguro no lo sentiría de todos modos.

—He terminado.

El hombre se incorporó y se llevó las manos a la cabeza para palpar el nuevo peinado.

—Está limpio y ajustado.

—Sí, así portaba la cabellera mi padre. Te mantendrá la cabeza más cálida que si te rapas por completo, pero requerirá poca atención.

—Mmm. —Gunnar asintió, frunciendo los labios con un deje de aprobación.

Ingrid entrelazó los dedos y lo observó: sin la larga barba desaliñada y el pelo revuelto, Gunnar era un hombre apuesto. Tenía cicatrices de guerra, sí, pero sus rasgos eran marcados y simétricos, sus ojos inteligentes y sus orejas ni demasiado grandes ni demasiado pequeñas. Ingrid siempre se fijaba en las orejas.

—¿Entonces te agrada?

—Lo has hecho bien. —Asintió, con el reflejo de las llamas reflejándose en sus ojos—. Ahora voy a bañarme.

Se despojó de la túnica de pelaje, la apartó a un lado y se aproximó a la bañera. La llevó junto al fuego y la depositó en el suelo.

—¿Qué es esto? —suspiró y sacudió la cabeza al divisar la fisura—. Como todo lo demás en esta granja, está roto.

—He tenido la intención de repararla. Ten. —Ingrid se apresuró hacia la nueva caja de velas largas y delgadas—. Es solo una pequeña grieta, llénala con cera.

—Ingrid. —Gunnar aceptó la vela y observó su rostro—. De nuevo has tenido una buena idea. Yo lo habría hecho de otra manera, pero me habría llevado mucho tiempo y necesito un baño.

Se le contrajo el estómago y una sensación extraña y desconocida de placer le recorrió las venas. Había impresionado a Gunnar, lo cual no parecía ser fácil de lograr.

Él cogió la vela, rozando con la punta de los dedos los de ella, y se dispuso a rellenar la pequeña grieta con su cera. Mientras él trabajaba, Ingrid comprobó la temperatura del agua y cogió su suministro de jabón con infusión de lavanda del prado cercano. Era uno de los aromas preferidos de Tove.

—Eso debería ser suficiente para evitar que el agua se escape. —Se puso de pie—. La llenaré ahora.

Ingrid se hizo a un lado y él alzó el caldero por el asa para volcarlo en la bañera. Los músculos de sus brazos, hombros y espalda se tensaron y marcaron orgullosamente contra su piel bronceada.

Después de verter los dos calderos de agua humeante en la bañera, Gunnar inspeccionó la grieta reparada.

—Temo que aún pueda un poco, pero me dará tiempo para bañarme. —La miró—. Vuelve a llenar los calderos, necesitaremos más agua caliente.

Ingrid los recogió y se dirigió al barril donde almacenaba el agua. Los llenó y el agua brotó con fuerza.

En ese momento, el corazón le dio un vuelco y luego latió dos veces seguidas para recuperar el ritmo perdido.

Gunnar estaba desnudo junto a la bañera.

Si su rostro era apuesto sin barba, su cuerpo era absolutamente hermoso sin ropa. Si alguna vez un dios bajara a la tierra con forma nórdica, seguramente vendría a imagen y semejanza de Gunnar.

Sus largas piernas eran gruesas y fuertes, con los mismos grabados tintados en espiral que adornaban su cuero cabelludo en su muslo izquierdo. Su vientre musculoso concluía con un rastro de vello que le llegaba hasta su miembro.

Su miembro.

No estaba erecto, pero tampoco flácido; era más grande de lo que Ingrid creía que un pene podía ser.

A Ingrid se le entrecortó la respiración y un estremecimiento recorrió su feminidad cuando él entró en el agua humeante.

Su trasero era firme, también. La nalga derecha estaba marcada por una cicatriz que le llegaba hasta la base de la columna en forma de arco, como si una espada le hubiera alcanzado por la espalda.

—Mmm, esto es agradable —susurró mientras se hundía profundamente en el agua.

Ingrid tragó saliva y reprimió a una vocecilla en su cabeza que le decía que no debía admirar a aquel vikingo desnudo que no era su esposo, pues no necesitaba ni quería oírla. Durante tanto tiempo había vivido intacta, sin placer alguno. ¿Qué daño podía hacerle admirar?

Y Gunnar de Barosvik era definitivamente digno de admiración.

Capítulo cuatro

Gunnar se echó agua en la cara.

—Pon más agua al fuego, mujer.

Ingrid obedeció y colocó los pesados calderos sobre las llamas. Añadió dos leños más, un verdadero lujo, y se sirvió un cuerno de hidromiel.

—También yo beberé —dijo Gunnar, señalando con la cabeza el barril.

Nuevamente, hizo lo que él le había pedido y le ofreció una copa.

—Gracias —respondió él, cogiendo la bebida y sonriendo. La sonrisa se le reflejó en los ojos, en cuyos contornos se le formaron diminutas arrugas.

Ella no dijo nada; se concentraba en no mirarle bajo el agua.

—Deberías quitarte esa ropa vieja —insistió él.

—No haré tal cosa. —Se aferró a su túnica raída.

—No sirven para nada más que para los animales. —Fruunció el ceño—. Además, la reina Tove te ha enviado ropa nueva. No es digno de ti, la madre de la reina, vestir harapos.

Harapos, había dicho.

Sí, tenía razón. Eran harapos, y además, estaban sucios.

—Cuando termine de bañarme, tú también lo harás. —Bebió un trago—. Y luego me desharé de esa ropa vieja.

—Prefiero conservarla.

—Y yo prefiero que no lo hagas. —Le recorrió el cuerpo con la mirada, desde los dedos de los pies hasta el rostro—. Estás siendo testaruda al discutir conmigo. Has demostrado que no eres una mujer estúpida, Ingrid, no actúes como tal.

—Querer conservar mi ropa no es estúpido.

—Sabes que lo es. —Gunnar cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, suspirando—. Aunque no quieras admitirlo.

El vapor se arremolinaba alrededor de sus hombros y su cara, y el aroma a jabón impregnaba el aire.

Ingrid se mordió el labio inferior. El hombre era exasperante y tenía razón: su ropa no servía para nada más que para que las cabras la masticaran. Pero ella no lo admitiría, no ahora: le gustaba demasiado tener razón y la situación era irritante.

Desvió la mirada. El miembro de Gunnar parecía brillar bajo la superficie del agua oscura y jabonosa, con la punta ancha y el tronco grueso.

Otro extraño estremecimiento recorrió su feminidad y el punto dulce entre sus piernas tembló. Era una extraña mezcla de deseo y miedo. Volvía a sentirse virgen, como una novia asustada.

«Va a querer acostarse conmigo y meterme esa cosa inmensa».

Ingrid lo sabía con tanta certeza como sabía que las luces esmeralda de los dioses acariciarían el cielo como lazos. Conocía a muchos vikingos y había oído suficientes historias de su infancia como para saber que llevaban dentro un deseo que no podían ignorar una vez que lo reconocían.

Aunque eso nunca había sucedido con Frode.

—¿Te gusta lo que ves?

Ingrid se quedó sin aliento. Él la miraba fijamente, con esa expresión divertida en sus

labios.

Rápidamente se dio la vuelta, cogió el atizador y atizó el fuego.

El hombre se rio entre dientes.

—Has estado mucho tiempo sin un hombre en tu cama.

Ella no contestó.

—Debes saber que también ha pasado mucho tiempo para mí. He estado viajando durante muchos meses, y mi estancia en Halsgrof fue breve. El rey Njal me mandó llamar a las pocas horas de mi llegada de un viaje al oeste.

—Tales asuntos no me interesan. —Se sentó y se cruzó de brazos—. Pero...

—Di lo que piensas, mujer.

—¿Cómo era el oeste?

—Tienen buenas tierras, finas y fértiles. Viajé con la flota del hermano del rey Njal, aunque nos separamos, y aún no sé si ha regresado.

—¿Y en esas tierras se cultiva?

—Sí, se cultiva muy bien: son diestros y tienen herramientas. Pero lo que más tienen...

—Se frotó el jabón por el brazo izquierdo.

—¿Qué? ¿Qué es lo que más tienen?

—Sol. Sus inviernos no son como los nuestros. Sus días no se vuelven noches, ni siquiera en las profundidades de la estación más fría. Sus mares y lagos no se hielan, y sus animales no perecen si no están dentro del granero.

—Eso es... eso es inimaginable.

—Deberías creerlo. Lo he visto con mis propios ojos.

—¿Y qué hará el rey Njal al respecto? ¿Qué harán los demás reyes y condes de nuestra tierra con semejante información?

—Invadirán, por supuesto. —Cambió de arma—. Reclamarán las tierras y las cultivarán.

—¿Permitirán tal cosa los habitantes de estas tierras e islas occidentales?

—Eso no tiene importancia. Somos más grandes, más fuertes y más hábiles a la hora de atacar y luchar.

—¿Son gente pequeña?

Gunnar echó a reír y pareció enjabonarse bien el pene.

—Sí, son pequeños comparados con nosotros.

Ingrid se lo pensó un momento.

—Me gustaría viajar algún día.

—Sí, ver cosas nuevas hace bien a los ojos, pero también es bueno tener un hogar. —Dejó el jabón a un lado de la bañera, se puso de pie y el agua resbaló por su enorme y robusto cuerpo, siguiendo todas las marcas y los surcos como riachuelos resplandecientes.

Ingrid sintió como si sus ojos se hubieran clavado en su piel húmeda, pero al cabo de un momento, apartó su atención.

Sin embargo, esta vez Gunnar no pareció notarlo y cogió un paño. Se frotó el cuerpo con brusquedad y luego se lo ajustó a la cintura.

—Ahora es tu turno de bañarte.

—Yo... ¿qué?

—Báñate. —Indicó el agua con un gesto de cabeza—. Retiraré esto. Puedes añadir más agua del caldero.

—No tengo intención de bañarme aquí, ahora... con...

—¿Con qué? —Frunció el ceño.

—Contigo presente. Me bañaré cuando te vayas.

Gunnar hizo una mueca y torció la expresión.

—Entonces será en primavera, y si quieres la verdad, tal y como la dirían los dioses, necesitas bañarte y deshacerte de esos harapos.

—¿Cómo te atreves? Yo...

—Necesitas que te digan la verdad, Ingrid. Vas vestida como una peregrina y tu piel necesita un buen lavado.

Ingrid hizo un mohín y se cruzó de brazos. Volvió a percibir el aroma del jabón, pero ya no le resultaba familiar. Quizá Gunnar tuviera razón: necesitaba bañarse. El problema era que llenar la vieja bañera agujereada era una tarea tan pesada que lo había dejado pasar.

Pero parecía que ya no era el caso. Gunnar había llenado un cubo con agua usada e iba hacia la puerta con la manta que se había envuelto en la cintura ondeando a cada paso. Abrió la puerta al vendaval y arrojó el agua a la oscuridad.

Luego repitió la acción, dando largas zancadas que cubrían rápidamente el suelo. Tras desechar dos cubos más, señaló con la cabeza el agua fresca del caldero.

—Mientras pongo más agua, en nombre de Thor, quítate esas ropas llenas de pulgas, mujer.

—¡No tengo pulgas!

Levantó las cejas.

—¿Tengo que arrancártelas?

—No. Ni se te ocurra...

—¡Entonces desnúdate! —rugió.

Dio un respingo al oír su voz y su tono brusco, y se subió rápidamente la base de la túnica. Una vez quitada, se quedó en pantalones y una prenda interior que le cubría los pechos.

—Nos bañaremos cada tres días durante el invierno, pues es saludable ser así y es el proceder de los dioses. No discutiré más contigo.

Gunnar volcó los calderos en la bañera y el vapor se elevó al aire.

Ingrid se quitó las botas, los calcetines y los pantalones. La ropa interior le llegaba hasta los muslos y, sin quitársela, avanzó hasta la bañera.

Metió la mano en el agua y movió los dedos.

—Está bueno. Métete.

Ella apretó los dientes y se preparó para la indignidad de que la viera desnuda, aunque, en lugar de observarla, se dispuso a recoger sus ropas desechadas y salió de la casa larga para adentrarse en la noche.

Se quedó mirando el lugar en el que él acababa de estar. ¿Había enloquecido? Pensar en deambular por el exterior sin más ropa que una manta y con la piel humedecida por el agua del baño.

Rápidamente, se despojó de lo que le quedaba de ropa y se metió en la bañera.

Ella suspiró.

—Ay, Freya, Loki y Odín, esto está muy bien. —El agua rodó por sus piernas, entre sus muslos, sobre sus nalgas y luego por su torso. Un delicioso círculo de calor la envolvió. Se reclinó, el agua le envolvió los pechos y le produjo un cosquilleo en los pezones, y luego cerró los ojos para permitir que un maravilloso estremecimiento de placer le acariciara la piel.

—Se siente agradable, ¿no?

—Oh. —Abrió los ojos e instintivamente levantó las rodillas, protegiendo de su vista la unión entre sus piernas.

Gunnar estaba de pie ante ella, tendiéndole una nueva pastilla de jabón. Copos de nieve humedecían la trenza que le cubría la cabeza.

—Ah, sí, está bien. —Cogió el jabón—. Gracias.

Gunnar refunfuñó, cogió su vieja ropa interior y la lanzó hacia la puerta ya cerrada.

—Hay ropa nueva que te puedes poner. Prendas dignas de la madre de una reina.

Ingrid no contestó. En su lugar, se dedicó a limpiar la suciedad que tenía entre los dedos. La espuma de castaño y lavanda fue eficaz y procedió a limpiar su cuerpo.

Entonces, un chorro de agua tibia le corrió por la coronilla y le bajó por la cara, nublándole la vista.

—¡Qué... oh!

—Quédate quieta, mujer, hay que lavarte el pelo.

Gunnar le había vaciado una jarra en la cabeza, empapándole todo el cuero cabelludo.

Le puso una de sus grandes manos en el hombro y la inmovilizó, tras lo cual vertió otro chorro de agua sobre ella.

El corazón le latió con fuerza cuando el agua le llovió sobre la cara. Desde que era niña, nadie le había lavado el pelo.

Y entonces sus dedos se enredaron en su pelo, restregando más espuma, masajeando, mientras pasaba las yemas por sus orejas, su nuca y sobre su coronilla.

Sus movimientos eran tan delicados y despreocupados que la tensión de sus hombros desapareció, exhaló y se abrazó las rodillas.

—Tu pelo es del color del sol —le dijo él con la voz más afectuosa que ella le hubiese oído.

No dijo nada más, pero siguió lavándole cuidadosamente el pelo por detrás.

Ingrid escuchaba el crepitar del fuego y disfrutaba del agua caliente que empapaba su piel. Gunnar prosiguió, determinado a no dejar ninguna parte de su cuero cabelludo sin atención, y cuando terminó de hacer aquello, cogió los largos mechones de su cabellera entre las palmas de las manos y los frotó.

Finalmente, pareció satisfecho y repitió la acción con la misma rapidez con la que había volcado la primera jarra sobre su cabeza.

Se quedó quieta.

Lo hizo una y otra vez, enjuagándole la espuma del pelo.

—Ahora estás limpia —dijo—. Mucho mejor.

—Sí, gracias.

—No me des las gracias. Es mi deber cuidar de ti. Yo soy el vikingo de esta morada y tú la mujer.

—Eso dices siempre. —Se secó el agua de los ojos—. Pero antes de que llegaras tú, cuidaba de mí misma perfectamente bien.

—Tal cosa debe ponerse en tela de juicio. —Se puso de pie—. Sal del baño.

Ingrid miró a su alrededor.

—Pásame esa manta y desvía tu mirada.

Gunnar frunció el entrecejo y tensó la mandíbula. Un músculo se contrajo bajo su piel.

—Gunnar. —Ingrid señaló la manta.

Este último vaciló un instante y luego se la entregó, pero, al cogerla, Ingrid esperó a que apartara la mirada. Por toda respuesta él chasqueó la lengua, algo que ella había notado que hacía cuando se sentía frustrado, y luego se volvió para que su ancha espalda desnuda quedara frente a ella.

Se levantó deprisa mientras el agua le corría por el cuerpo y salió de la bañera para situarse junto al fuego. Se envolvió los hombros con la manta y se abrazó a ella.

Gunnar la miró de frente, con los ojos entrecerrados y los labios húmedos, como si acabara de pasarse la lengua por ellos.

—Me voy a mi lecho —dijo ella. Había planeado irse a la cama antes que él, pues otra noche durmiendo en el banco no sonaba muy atractivo.

—Al lecho, sí —dijo, con voz ronca, y enganchó el pulgar en el doblez de la manta que le cubría las caderas para halarlo, por lo que la prenda cayó al suelo y le cubrió los pies.

Ingrid respiró hondo.

El hombre tenía el miembro duro y erecto, y la cabeza era ancha, lisa y brillante. Sus testículos pendían como si fueran pesados, tenía los músculos de los muslos tensos y su abdomen era como un muro fornido.

Se le hizo un nudo en la garganta y tragó saliva.

—Ya es hora —comenzó, envolviendo su grueso pene con el puño—. Es hora de satisfacer las necesidades de las que hablé antes.

Capítulo cinco

—Necesidades —repitió Ingrid en un susurro tenso.

—Sí, necesidades. —Dio tres zancadas hasta quedar de pie frente a ella—. Yo soy un vikingo, y tú eres una mujer. Me acostaré contigo muchas veces hasta que acabe el invierno. —Escudriñó su rostro con los ojos como si lo viera por primera vez—. Ese pensamiento me complace ahora que nos hemos bañado, así que empecemos.

—Pero... yo... —Su corazón latía con fuerza y su sexo temblaba. ¿No entendía lo grande que era? ¿Cómo podría caber su pene dentro de su cuerpo?—. Tú no eres...

—¡Ah! —Gunnar levantó el dedo y se lo llevó a los labios—. Entiendo tu inquietud.

Ingrid frunció los labios inconscientemente, como si fueran hipersensibles al contacto con su piel.

—No soy tu esposo. —Asintió—. Lo entiendo, así que por esta primera vez puedes llevar esto puesto.

Se acercó a la mesa y cogió un trozo de tela negra y suave que ella solía ponerse alrededor del cuello cuando trabajaba al aire libre y hacía frío. Se lo puso delante de la cara y lo aseguró bien.

«¿Qué está haciendo?».

Posicionándose a sus espaldas, mientras el calor de su cuerpo aromático a jabón la envolvía, él le puso el pañuelo sobre los ojos.

Oscuridad pura.

—Ahora no puedes verme la cara —le dijo al oído mientras le hacía un nudo al paño sobre su pelo húmedo—. Así que puedes pensar en la cara de tu esposo si ese es tu deseo. Puedes recordarle haciéndote lo que yo estoy a punto de hacerte.

Oh, por el amor de todos los dioses.

—Estoy convencido —añadió en un murmullo grave—, de que pronto recordarás lo mucho que disfrutaste yaciendo con un hombre, y tus recuerdos volverán. Para esto te han hecho, mujer, para dar y recibir placer de la carne.

Agarró la manta, tiró de ella y se la quitó lentamente. El sonido de la tela al amontonarse sobre la mesa a su derecha coincidió con el aire fresco que abrazaba su desnudez.

Su aliento se sentía cálido en su hombro, y su pecho firme rozaba su espalda.

—Ingrid —le dijo, apoyando las manos en sus caderas—, no estés tan rígida. No deseo hacerte daño, pero debes ayudarme relajándote.

Un temblor nació en su vientre y subió hacia su pecho, su cuello y sus dientes.

Gunnar la envolvió con sus gruesos y cálidos brazos. Toda posibilidad de escapar se había vuelto nula: ella le pertenecía, hecho que había dejado más claro que el agua. Compartiría lecho con ella siempre que lo deseara durante este largo invierno.

Debería gritar, luchar, protestar.

Pero no lo hizo. Dentro de su mundo de oscuridad había algo que iba en aumento, una necesidad y un deseo propios. El deseo de ser satisfecha por algo que no fueran sus propios dedos se intensificaba con cada latido de su corazón.

—Por aquí. —La llevó hasta el lecho, y en el camino, su miembro rígido rozaba sus nalgas descubiertas—. Tumbate.

Ingrid se dejó guiar por sus manos para tantear el camino hasta el colchón cubierto de

pieles y luego se tumbó, mirando fijamente la nada que le ofrecía la prenda sobre sus ojos. Tenía los pezones tensos y la piel enrojecida por el baño.

—Ah, eres delgada, pero hay belleza en tu cuerpo —dijo—. Ahora puedo verlo.

Belleza.

La cama se hundió cuando él se acomodó a su lado y alineó su cuerpo con el suyo. La sensación de la piel cálida de un hombre después de tanto tiempo durmiendo a solas era nueva y también excitante de una forma extraña.

Gunnar rozó sus labios con la yema de su dedo, acto que Ingrid no se esperaba, por lo que dejó escapar un débil grito ahogado.

Pero él continuó. Trazó el contorno de sus labios —todo mientras ella contenía la respiración—, bajó por su barbilla y rodeó la línea de su mandíbula. Estaba tan cerca que parecía rodearla, envolverla únicamente con su presencia.

—Respira —le murmuró con vehemencia al oído—, y siente.

La caricia que le prodigó por el cuello hasta la garganta fue tan débil que le costó imaginar que se tratara del mismo hombre tosco que la había arrodillado para darle unos azotes. Ahora sus caricias eran tan ligeras como los bigotes de un gatito, lo que, de alguna manera, lo hacía aún más intenso.

Comenzó a respirar entrecortadamente. El hombre se dirigió hacia su pezón derecho, dejando un rastro de calor a su paso, y cuando lo rodeó con los dedos, Ingrid tuvo que aferrarse a la manta que tenía debajo. Su pezón se endureció, y sintió que sus senos, aunque pequeños, se volvían pesados.

—Qué dulces y qué sensibles —dijo, halándolos con delicadeza, aunque se detuvo después—. Ah, evitaré hablar, así podrás pensar en tu esposo sin el recuerdo de mi voz.

Frode nunca había estado tan lejos de la mente de Ingrid. Nunca la había tumbado después del baño y acariciado así. Las pocas veces que yació con ella había sido funcional, poco más.

Gunnar se acercó al otro pecho y le pellizcó el pezón del mismo modo que había hecho con el primero. Ingrid, en respuesta, se mordió el labio inferior y contuvo un gemido que retumbó en su garganta. Era como si una cuerda fuera de su pezón a su sexo. El tirón era insistente y fuerte, y humedecía sus muslos.

Era justo allí por donde avanzaban los dedos inquisitivos de Gunnar: encima de su vientre y hacia su montículo de vello pálido.

Sus labios rozaron su hombro, su mandíbula era tan suave como la porcelana.

Profundizó más entre sus muslos, lo que hizo que Ingrid curvase los dedos de los pies y apretase las piernas.

—Déjame entrar —dijo él, recorriéndola con tanta insistencia que Ingrid no tuvo más remedio que abrir las piernas.

—Ah, qué coñito tan caliente —dijo, pareciendo haberse olvidado de su promesa de no hablar—. Esto es lo que mi pene necesita.

Pero no hundió su miembro en su humedad; en cambio, le introdujo un grueso dedo, cuya entrada se facilitó por su lubricación.

Ingrid jadeó y se aferró a su antebrazo.

Gunnar la penetró más hondo, hasta el punto que el talón de su mano se clavó contra su capullo hinchado.

—¡Ah! —Ella se apretujó contra él, sus muslos temblaron y sus rodillas cedieron más.

La acción pareció animarle, por lo que añadió otro dedo y mecía su mano, acariciándola

y llenándola.

Arqueó la espalda, sintiéndose feliz de no poder ver nada más que oscuridad, pues solo tenía que sentir. Y lo que Gunnar le estaba haciendo entre las piernas era increíble, mejor de lo que podría hacerlo ella misma. Sus dedos eran grandes y un poco fríos, y el talón de su mano era ancho y sólido.

Aun así, ella le cogió del antebrazo: no quería que se detuviera.

—Oh.

La respiración de Gunnar se había acelerado, y su miembro erecto estaba interponiéndose entre ambos.

—No pares —jadeó. La presión familiar crecía en su vientre, excepto que, esta vez, no era familiar, sino que no tenía control sobre ella. Gunnar era dueño de su placer, él era quien creaba la creciente tensión que pronto se desbordaría.

Otro chorro de humedad se le escurrió por los dedos. Gunnar gruñó y envolvió el pezón cálido de Ingrid con la boca, rozándolo también con los dientes.

Ingrid gritó ante la sobrecarga de sensaciones. Él la estaba consumiendo, era todo en lo que podía pensar. Incluso su amor por los dioses se había desvanecido. Apenas sabía en qué tierra vivía.

Gunnar continuó prodigándole fricción, la penetraba con sus dedos profundamente con cada movimiento.

Ingrid disfrutó del momento previo al clímax, el cual se estaba volviendo tan intenso, tan poderoso. Contuvo la respiración, y su cuerpo se convirtió en rehén del hombre. Estaba jugando con ella, como si él fuera un buen artesano y ella su material.

—Yo... ah... no pares... por favor.

Y entonces una maravillosa oleada de placer nació en su feminidad y se extendió por todo su cuerpo. Se curvó hacia delante, tensándose cual arco a punto de disparar una flecha.

Gunnar siguió estimulándola, alargando el momento, prolongando su éxtasis.

Ingrid volvió a gritar palabras incoherentes que ni siquiera ella entendía. Detrás de sus párpados cerrados brillaban luces resplandecientes. Estaba perdida en su sublime mundo de satisfacción.

Le soltó el pecho, dejándole el pezón duro y húmedo. Ingrid respiró hondo y dejó caer la cabeza sobre las pieles.

—Ahora es el momento de mi placer —dijo, sacando los dedos de su interior.

Ingrid gimoteó al sentirse vacía por dentro, pero entonces él se le echó encima; su corpulencia pesaba y la oprimía, obligándola a mantener las piernas abiertas.

Posicionó su miembro imposiblemente grande y sólido contra su entrada, y entonces comenzó a penetrarla. A Ingrid le falló la respiración y se aferró a sus hombros, sintiendo sus músculos firmes bajo las yemas de sus dedos.

Volvió a intentar entrar. Su pene grueso parecía estar determinado mientras separaba su delicada carne húmeda. Ella, por su parte, aún jadeaba y temblaba por el orgasmo que había tenido. Él curvó las caderas y la penetró más profundamente.

—Ah... ah... Gunnar —gritó.

—Gunnar —gruñó él—. Has dicho mi nombre.

—Sí. Gunnar, Gunnar... ah... ah...

De repente, su mundo se iluminó. Le había quitado el pañuelo de los ojos.

Miró fijamente su rostro, que se cernía sobre el suyo. Sus ojos oscuros eran intensos; en ellos se desataban tormentas.

—¿No estás pensando en tu esposo? —gruñó.

—No, solo en ti. Tú eres... ah. —¿Cómo podía pensar en otra cosa que no fuera Gunnar en ese momento? Estaba embistiéndola con férrea determinación, abriendo su carne, reclamándola, llenándola.

Le puso la mano en la frente, apartándole los mechones de pelo húmedo, y la otra la apoyó junto a su oreja izquierda para acorralarla con el codo. Tenía la boca fruncida, como si se hubiera controlado a sí mismo y se obligara a ir despacio.

Ingrid extendió la mano para tocarle la cara, le acarició la mandíbula y le miró fijamente a los ojos, agradecida de que no le hiciera daño, de que se tomara su tiempo, de que permitiera que su cuerpo aceptara el suyo.

Y así era: prácticamente había llegado al fondo. Ella había recibido su miembro, y su humedad le facilitó el camino mientras él se hundía en lo más profundo.

Luego, con un gruñido, curvó las caderas y la embistió por completo.

Ingrid jadeó al sentir una puntada de dolor y se le abrieron los ojos de par en par.

—Ah, estás tan apretada como una virgen —dijo bruscamente—. Tu flor me envuelve como si nunca antes hubiera sentido un falo.

En verdad, Ingrid nunca había sentido un miembro como el de Gunnar. Su dureza cálida se sentía densa en su interior, invasiva y, al mismo tiempo, correcta.

—Volverás a encontrar el placer —dijo, y sus fosas nasales se ensancharon—. Conmigo.

—Sí... yo... ah... quiero...

—Sé lo que quieres. —Se retiró a medias y volvió a penetrarla, frotando su cuerpo sobre el capullo.

—¡Ah! —Ingrid levantó las rodillas, pegándolas a su torso—. Sí. Así.

Él no respondió, sino que repitió la acción una y otra vez sin dejar de mirarla fijamente y observar cada expresión de su rostro.

—Gunnar —exclamó sin aliento.

Sus ojos brillaron, y las tormentas que contenían parecían revolverse y agitarse.

—Conmigo...

—Sí... ah...

La presión volvía a alcanzar una intensidad vertiginosa. La forma en que él conectaba con su cuerpo y la llenaba con cada movimiento de sus caderas hizo que su orgasmo floreciera, como una hermosa flor primaveral a punto de abrir sus pétalos y mostrar todo su esplendor.

Él aceleró el ritmo de sus embestidas, y el peso de su cuerpo recayó con más fuerza sobre el de Ingrid. Esto la hizo llegar hasta un punto sin retorno, pues su delicado centro de placer guardaba dentro una avalancha de éxtasis a punto de caer.

Por alguna razón le agarró las orejas y se las haló, para luego arquear la espalda y ceder a su clímax.

Él rugió, hundiéndose en ella más que antes, y compartió con ella el placer.

La feminidad de Ingrid convulsionó, envolviendo su miembro como un puño de satisfacción mientras luchaba por recuperar el aliento.

Una y otra vez, él la llenaba de calor, y ella agradecía cada movimiento de su miembro. Su placer se extendió como nunca antes lo había hecho; tanto, que apenas sentía su cuerpo como propio.

—Sí... gracias a los dioses. —Se levantó, juntó los brazos, y miró hacia abajo para ver el lugar donde se habían unido.

Ingrid siguió su campo de visión.

Sus carnes estaban humedecidas por el sudor: la piel de él estaba cubierta de vello, oscura y marcada por la batalla; la de ella, por otro lado, pálida y frágil en comparación, y sus pechos eran pequeños picos coronados por pezones apretados.

—Después de tantos viajes, había olvidado lo placentero que es hacer el amor con una mujer —dijo bruscamente.

Ella no contestó. ¿Cómo hacerlo? Después de todo, era la primera vez que yacía con un hombre y que le daba placer, aparte de uno tan extremo.

No se arrepentía en absoluto de que Gunnar hubiera reclamado su cuerpo, pero sí se arrepentía de haber llegado a la edad que tenía sin haber compartido lecho con un vikingo hábil que en verdad quisiera estar dentro de ella.

Se estremeció y movió de nuevo las caderas, como si estuviese comprobando que la había penetrado lo más que podía. Su miembro seguía duro.

Cerró los ojos y una pesada sensación de satisfacción se apoderó de ella.

—Tenemos todo el invierno, si los dioses quieren, y te reclamaré así muchas veces —dijo él—. Ingrid, te prometo que nunca quedarás insatisfecha, no de mi parte.

—Te creo —dijo ella.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios y, por un momento, ella vio una chispa de orgullo masculino, o de suficiencia, en sus ojos. Luego se retiró y se dejó caer a su lado con un brazo sobre la cabeza. Exhaló profundamente.

Ingrid hizo lo mismo y un último escalofrío le recorrió el vientre mientras apretaba las piernas. Contempló el techo reparado y oyó el familiar traqueteo del viento que sacudía la puerta en su marco.

Al cabo de unos minutos, sus ojos se sintieron pesados y se cerraron. La oscuridad la rodeó y se dejó llevar por el sueño. Sus pensamientos se dispersaron y un cálido pelaje la arropó, quitándole el frío que había ido instalándose en su piel.

Suspiró, sintiéndose segura y contenta por primera vez en mucho tiempo.

Capítulo seis

—Mujer, iré a poner trampas mientras haya luz. —Gunnar se levantó la gruesa capucha de su pesada capa—. Cuando vuelva, comeremos y yaceré contigo, así que ocúpate de los animales y prepara nuestra víspera.

—Ya me estoy preparando —dijo Ingrid, enarcando las cejas y esbozando una sonrisa mientras amasaba. No iba a quejarse si él quería compartir lecho con ella de nuevo: lo había hecho todas las noches desde aquel primer encuentro, un total de tres veces ya, y ella estaba feliz por que volviera a repetirse.

Recogió dos trampas de acero oxidado que había traído consigo.

—No te olvides de los animales.

—No los olvidaré. —¿Cómo podría? Eran demasiado importantes: dependían de sus huevos y su leche. Y ahora que Gunnar también había reparado el techo del granero, los animales estaban más felices y cálidos.

Él gruñó y pasó a su lado. Por un momento se preguntó si se detendría y la besaría, pero no lo hizo.

Aún no había sentido sus labios sobre los suyos. Sabía cómo se sentía su miembro dentro de ella, su boca en sus pezones, pero nada más. Ni la presión de su lengua sobre la suya, ni su sabor.

—Y también —comenzó y se detuvo ante la puerta, apoyando sobre ella su enorme mano —, cuando vayas al granero, coge esa daga. —Señaló una hoja afilada con un delgado mango de hueso que había puesto sobre el barril de hidromiel.

—¿Por qué? —Ingrid frunció el ceño. Como si no tuviera bastante cosas que cargar y recordar.

—Oí el aullido de un lobo por la noche no muy lejos, y ahora que ha llegado la nieve estarán cada vez más hambrientos.

—Nunca han venido al granero.

—Siempre hay una primera vez. —Entrecerró los ojos—. Harás lo que te he ordenado para tener siempre un arma. —Hizo una pausa—. ¿Me oyes?

—Sí, te escucho. Aunque usar una daga contra un lobo hambriento es como sacudir una pluma para atacar a una serpiente.

—Es mejor que nada, y no quiero que te pillen sin algo para rebanarle el pescuezo si surge la necesidad. —Hizo un movimiento de corte en el cuello—. Hazlo aquí.

—No veré ningún lobo, te lo aseguro. Viven muy lejos, al este del bosque.

—¡Ingrid! —Su rugido resonó alrededor de la casa larga.

Ingrid dio un respingo y dejó de amasar. Tragó saliva.

—¡Tú! —La señaló—. Harás lo que se te dice o en nombre de todos los dioses pagarás el precio. Toma la daga cuando abandones estos muros.

Se dio la vuelta y la puerta se cerró de golpe. Un remolino de nieve bailó con el fuerte viento y se posó donde acababan de estar sus grandes botas.

«La daga, tengo que coger la daga».

Ingrid suspiró, con la respiración entrecortada, y siguió amasando. No tener un estómago que gruñera todo el tiempo seguía siendo una novedad, y ya sentía que tenía más energía por alimentarse más. La llegada de Gunnar la había satisfecho en muchos sentidos.

Ingrid tarareó una melodía de cuerno que había oído por primera vez el día de su boda, hacía muchos años. Se preguntó si Tove también habría puesto música en su boda.

Mientras preparaba el pan, sintió que se le encogía el corazón. Echaba mucho de menos a su hija y esperaba que su nueva vida fuera agradable, que su nuevo marido, el rey, la tratara bien dentro y fuera de la alcoba. ¿Tendría hijos pronto? ¿Tendría solo uno al igual que ella?

Todas estas preguntas daban vueltas en su mente. Ingrid dejó el pan a un lado y se dirigió al establo para dar de comer a los animales.

Por una vez, la nieve había amainado y, aunque el cielo estaba nublado, había un resquicio en el horizonte por el que se asomaba una delgada franja de sol. Era lo más alto que estaría el astro antes de volver a las horas de letargo. Se echaba mucho de menos al sol y su regreso a los cielos era motivo de celebración.

—Hola, muchachas —dijo Ingrid, entrando en el granero.

Sonaron una serie de balidos y cacareos.

El caballo de Gunnar, Bo, no estaba; las marcas de sus cascos indicaban un rastro hacia el este de cuando Gunnar salió a poner las trampas.

Mientras daba de comer a las gallinas y luego llenaba los comederos con heno fresco traído desde Halsgrof, Ingrid se preguntó cómo sería el oeste. Gunnar había hablado de inviernos en los que el sol despertaba cada día y de tierras ricas en vida, ríos y lagos que no se helaban.

Ingrid apenas podía imaginárselo. Toda su vida había pasado la estación invernal prácticamente en hibernación, acurrucada, luchando contra el frío, luchando por sobrevivir con sus raciones de comida.

—Quizá algún día —les dijo a sus cabras—. Quizá un día Gunnar me lleve allí.

Bah.

Sonrió y sacó hielo del cubo de agua, luego llenó el comedero de heno de Bo para su regreso. Con un poco de suerte, las trampas de Gunnar tendrían éxito y comerían bien durante unos días, secarían también algo de carne y aumentarían sus estanterías de provisiones.

Resopló mientras recogía paja sucia y la hizo hacia un lado del granero con la horca. El mango estaba liso y desgastado por el uso. Se lo había regalado su padre el día de su boda; lo había hecho con sus propias manos, a pesar de tener los nudillos agarrotados.

Hacía años que no le veía. ¿Estaría vivo?

Por primera vez en muchas lunas, tuvo una pequeña chispa de esperanza. Quizá Gunnar arreglaría el barco de Frode y en primavera podría remar hasta el fiordo y verlo, y también a su madre. Ay, qué noticia les daría sobre que su nieta sería reina. Sí, deberían oírlo, se hincharían de orgullo, tal vez incluso viajarían a visitar al rey y a la reina, si estuvieran lo bastante bien.

Prosiguió con su trabajo, tarareando otra melodía, un sonido alegre y esperanzador que la calentaba por dentro y por fuera. Su suerte había cambiado cuando había enviado a Tove a presentarse ante el rey Njal, una decisión que había sido difícil, pero que al final fue la correcta para su familia.

Volvió a comprobar si había huevos, pero no había ninguno, pues Gunnar había recogido dos más temprano. Dos de las cabras necesitaban ordeñarse, así que lo hizo, aunque el nuevo carnero que Tove le había mandado era un estorbo y no paraba de darle cabezazos, por lo que, al final, tuvo que atarlo a la rueda de carro.

—Hagan algo útil y puede que no acaben en un caldo —dijo, y señaló con la cabeza a las dos cabras que aún no habían parido.

La cabra le baló por respuesta, sacó la lengua rosada y en sus ojos podía apreciarse la indignación.

Ingrid se rio y siguió trabajando a la luz de una lámpara de aceite que mantenía permanentemente encendida. Cuando terminó, recogió su cesta, metió la jarra de leche y salió del establo.

Hacía tiempo que se había ido el débil sol de antes, y la oscuridad se extendía sobre la tierra nívea como un espeso manto de lana. Tras echar el cerrojo a la puerta del granero, se recogió la falda y se dirigió a la casa larga.

Todavía salía humo de la chimenea. Había apilado bien el fuego y volvería a hacerlo en cuanto estuviera de vuelta. El calor y un buen montón de velas eran otros lujos de los que disfrutaba.

De repente, una sombra pasó rápidamente por el borde del extremo más alejado del granero. Se hizo más y más grande, revelando su silueta estirada sobre la tierra nevada.

Cara puntiaguda, hombros encorvados, lomo largo y desigual, una cola y cuatro patas fuertes.

Un lobo.

El corazón de Ingrid se detuvo, y se quedó quieta con el pulso retumbándole en los oídos y la boca seca.

La criatura se dejó ver y se quedó de pie sobre las huellas de botas —las suyas y las de Gunnar— que conducían al granero. El astuto animal le había impedido el paso a la casa larga.

Sus miradas se cruzaron.

El lobo entreabrió los labios, gruñendo y revelando unas encías rosadas y húmedas, unos dientes enormes y un hilo de baba. Sus ojos parecieron brillar bajo la luz nevada del invierno.

—¡Fuera de aquí! —espetó Ingrid, y esperó sonar más valiente de lo que se sentía.

Se acercó un paso, bajó la cabeza y gruñó. El pelaje del animal se erizó como si fueran agujas a lo largo de su lomo.

Ingrid miró por encima del hombro. ¿Podría volver corriendo al granero, abrirlo y entrar antes de que la criatura se abalanzara sobre ella?

No lo sabía, pero tendría que intentarlo.

Le temblaban las piernas y tenía el vientre tenso. El miedo le hacía temblar hasta los huesos y el pánico le escaldaba la sangre.

Podría tirar la cesta como distracción y correr lo más rápido que pudiera por la nieve profunda. Sin embargo, no se fiaba de sus posibilidades: daría tres pasos y entonces lo tendría encima.

Y entonces otra sombra asomó por el lateral del granero: una norme y ancha, y acercándose rápidamente.

De repente, oyó un rugido profundo y primitivo que le heló la sangre.

El lobo se dio la vuelta con el pelaje de punta.

—¡AHHHH! ¡VETE DE AQUÍ! —La voz de Gunnar retumbó con tanta fuerza que habría bastado para provocar una avalancha de haber estado en el paso.

Luego volvió a rugir, como lo haría un oso, con la boca abierta y los ojos desorbitados. El lobo se encorvó un poco más y bajó las patas delanteras. Dejó de gruñir y bajó la cola, pero seguía mostrando los dientes.

Gunnar se dirigió hacia Ingrid sin un ápice de miedo en sus movimientos, ni tampoco un atisbo de vacilación en los ojos.

Ingrid retrocedió, aferrándose a la cesta hasta que le dolieron los nudillos. Tenía el estómago hecho un nudo por el terror y respiraba entrecortadamente. ¿Qué estaba haciendo? El lobo atacaría, sin duda, o seguramente habría más acompañándole. Sería un baño de sangre.

Primero vendría la sangre de Gunnar, y luego la de ella.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó Gunnar, desenvainando una daga afilada y sosteniéndola en alto con la mano izquierda—. ¡Fuera de aquí! ¡Ya mismo!

La luz de la nieve se reflejó en la hoja.

El lobo retrocedió, aunque no de inmediato; fue como si no supiera qué hacer ante la enorme criatura amenazadora que vociferaba y se acercaba. La indecisión del animal pareció molestar aún más a Gunnar, quien aceleró el paso y enderezó los hombros mientras su voluminosa capa que ondeaba en el aire doblaba su tamaño.

El lobo se dio la vuelta, levantó una nube blanca con sus enormes patas, y luego se adentró a toda velocidad en la noche. En cuestión de segundos, el sonido que hacían sus patas al pisar la nieve se desvaneció.

Gunnar hizo como que lo perseguía, dio siete, ocho, nueve zancadas rápidas, todas acompañadas de un bramido furioso. Levantó los brazos en el aire, imponiéndose como una torre de muelle, y agitó los puños mientras apuntaba la daga a los dioses.

Ingrid suspiró. Le temblaban las manos y las rodillas, pero el lobo se había ido. La muerte segura ya no era inminente. Gunnar había llegado y la había salvado.

—Gunnar —logró decir temblorosamente.

El hombre bajó los brazos y se dio la vuelta, devolviéndole la mirada desde debajo de la capucha.

—Gracias a Odín —repitió Ingrid, llevándose la mano al pecho por encima de su capa roja.

—¿Dónde está la tuya? —Agitó la daga hacia ella—. Dímelo ya mismo.

—¿Qué cosa?

Ingrid sabía muy bien a qué se refería. Tragó saliva, pues sabía que había desobedecido, pero acababa de darse cuenta de aquel hecho.

—No te hagas la desentendida, ya sabes de lo que estoy hablando. —Se acercó a ella, guardando su daga en la funda de la cintura—. ¿Dónde está tu arma? El arma que te ordené que llevaras cuando vinieras a cuidar a los animales.

—¿Mi arma? —Sostuvo la cesta frente a sí, a modo de escudo.

—Sí, mujer, tu arma.

Gunnar estaba justo delante de ella, mirándola fijamente con ojos encendidos de furia. Su voz era grave y peligrosa, como el estruendo de las rocas antes de deslizarse por la ladera de una montaña.

—Yo... yo... no...

—No la tienes —concluyó por ella—. Ya lo veo.

Gunnar la agarró de la capa, abriéndola para descubrir su cinturón vacío. Entonces Ingrid perdió el equilibrio y se le cayó la cesta de las manos, que fue a parar al piso junto con la leche.

—¿No he sido claro? —Se cernió sobre ella.

Ahora sabía por qué el lobo había huido y por qué su valor había flaqueado. El rugido de Gunnar era fuerte, su ira tangible, y ahora toda su atención se centraba en ella.

—Lo siento —dijo. ¿Alguna vez se había sentido tan pequeña?

—¡Lo siento! —vociferó él—. ¿De qué servirían tus disculpas si te hubiesen arrancado la cabeza, mujer? De nada. —Gunnar apretó los dientes y separó los labios para hacer una mueca—. Me has desobedecido, hasta el punto de que podría haberte costado la vida.

—Iba a correr al granero y...

—Y nunca lo habrías logrado. Ese lobo estaba flaco y hambriento, habrías sido una buena

comida, y luego su manada habría acabado fácilmente con el ganado.

Se inclinó, se agachó y le empujó el hombro contra el vientre.

Lo siguiente que supo Ingrid fue que Gunnar la había levantado y cargado sobre su hombro. Tenía las piernas en alto y la cabeza al aire.

—¡Gunnar! ¡Ay!

Su mano se posó con fuerza sobre su trasero, inmovilizándola.

—Quédate quieta, mujer. —Se giró y silbó—. ¡Bo! ¡Ven!

Ella resopló mientras él avanzaba a zancadas hacia el granero y abría la puerta de un tirón.

—Por favor, bájame.

—¡Bo! Ven aquí, el lobo ya no está.

Se oyó un silbido del viento y el ruido de cascos sobre la nieve. Bo había entrado rápidamente en el granero.

A Ingrid se le subió la sangre a la cabeza. Se aferró a la capa de Gunnar, intentando estabilizarse.

—Lo de hoy podría haber tomado un rumbo muy distinto. —Gunnar cerró la puerta, encerrándolos en el granero con los animales—. Tal y como están las cosas, vas a tener una víspera diferente a la que habías pensado.

—Pero por favor, yo... —De repente, el hombre la bajó al suelo polvoriento, pero en cuanto sus pies tocaron el suelo, la volvió a tironear, aunque esta vez para ponerla sobre sus rodillas, con las nalgas en el aire y la cabeza gacha—. ¡Ah!

—Sentirás mi mano por esto, mujer, y habrás aprendido la lección para cuando termine.

—Ah, no, por favor, Gunnar, no olvidaré la daga de nuevo, siempre la tendré conmigo, yo...

—Solo una retaguardia roja y dolorida hará que me obedezcas en este asunto. —Le subió la capa por los hombros—. Y puedo asegurarte que te dolerá, no podrás sentarte por una semana una vez que haya terminado contigo, mujer.

Capítulo siete

La indignación y la humillación se apoderaron de Ingrid, cuya reacción fue apretar la mandíbula y levantar los talones.

—Deja eso, mujer. —Él le bajó las piernas bruscamente, haciendo que su bota derecha se le saliese del pie y cayera al suelo con un ruido sordo.

Las gallinas cacareaban salvajemente ante la escaramuza en su establo, y el carnero balaba con un tono largo y agudo.

—No puedes hacer esto, tú... ¡ay!

Le había subido la ropa interior, dejando al descubierto su trasero. El aire frío sopló sobre su carne.

—Salvaje, no tienes derecho a... —Ella se retorció con más fuerza, pero fue en vano—. No puedes...

—Haré lo que quiera contigo. Soy el amo de esta morada, el amo de esta granja y tu amo. —La abrazó, aprisionándola contra su sólido cuerpo—. Ahora acepta tu castigo con dignidad.

—No, yo... ¡ay! —Se sobresaltó.

La palma de su mano conectó con ambas nalgas con fuerza. El escozor fue instantáneo y el dolor caló hondo en su músculo, por lo que apretó las nalgas y arqueó la espalda.

Gunnar la azotó de nuevo, el dolor ardiente tornándose más extremo porque ella se había tensado.

—¡No! —gritó ella, dándole puñetazos en los pantalones—. Ya no quiero más.

¿Cómo podría soportarlo? Él estaba apoyándose de sus sólidos músculos vikingos en cada azote que le daba. Su mano era tan ancha que cubría toda la extensión de su pequeño trasero casi por completo con cada azote.

—Sí, seguiré dándote más —gruñó él. La empujó por los hombros para que volviera a estar boca abajo—. Hasta que crea que has aprendido la lección.

La azotó una y otra vez. Los golpes se sucedían uno tras otro, sin pausa.

El sonido era estremecedor mientras atravesaba el granero. Cada azote le arrancaba un chillido que se sumaba al ruido.

Zas. Zas. Zas.

El calor le subió por la columna vertebral y le recorrió el cuero cabelludo. Se extendió entre sus piernas, hasta su feminidad que se humedecía, y luego por la cara interior de sus muslos. El ardor iba acompañado de una sensación como si tuviera un enjambre de abejas que no paraban de picarla, intensificando el dolor.

—¡Gunnar! —gritó ella, mientras las lágrimas le bajaban por el rostro—. Por favor, detente.

Para su sorpresa, lo hizo y le puso su mano callosa sobre las nalgas, ejerciendo una firme presión sobre la piel dolorida.

—En verdad exageras cuando te azoto —dijo, quedándose sin aliento—. No te lo estás poniendo fácil.

—Ya basta. Déjame en paz.

Soltó una risa ronca y grave.

—¿Y crees que es prudente decirme qué hacer mientras estás a mi merced sobre mis rodillas y con tu culito delante de mis narices?

Ingrid gruñó de frustración y volvió a intentar zafarse, pero fue inútil: lo único que logró fue que él la sujetase con más fuerza.

Gunnar le acarició las nalgas, primero la derecha y luego la izquierda, como si examinara los resultados de su castigo en su pobre trasero.

Su carne ardía y estaba muy sensible.

Y luego el hombre bajó más, explorando la hendidura de sus nalgas, su agujero trasero y, finalmente, su feminidad.

—¡Ah! —Ingrid se quedó inmóvil. Estaba muy mojada por razones que no conocía, y ahora él iba a saberlo. La vergüenza que ello le causó hizo que una nueva ola de calor recorriera su sangre, y apretó las piernas.

Pero no sirvió de nada, pues sus dedos decididos se enterraron en su sexo, deslizándose con facilidad debido a su humedad.

—Ah, Ingrid, eres una desgracia —dijo—. Y tu cuerpo me lo está diciendo todo.

—No te dice nada. Déjame en paz. —Ella contuvo la respiración mientras él la penetraba más profundamente, metiendo los dedos en su sexo y acariciándolo.

Sentirse atiborrada de aquella forma hizo que su abdomen sintiera más ansias, y un cosquilleo recorrió su botón. Arqueó la espalda e inclinó el trasero para asentar mejor sus partes femeninas sobre él. Un gemido se le escapó.

—Se supone que no debes disfrutarlo. —Gunnar sacó sus dedos, y en un instante los azotes continuaron, esta vez más fuertes y rápidos que antes.

Gritó con cada impacto de su mano sobre su tierna piel. El sudor le escocía en la frente y su sexo se contrajo tanto que sus fluidos resbalaron hacia el interior de sus muslos. Los pezones se le endurecieron, y el dolor recorría todo su cuerpo.

«Lo odio, en nombre de todos los dioses, odio a este hombre».

Las lágrimas volvieron a correrle por el rostro, cual gotas calientes y furiosas sobre sus sienes que luego se desparramaron en el suelo. No podía aguantar más. Ella era tan pequeña, él tan grande, y él parecía haberlo olvidado.

Finalmente, redujo la velocidad de los golpes, aunque seguían siendo potentes, y entonces se detuvo.

Ella respiraba con dificultad, él también.

Le ardía el trasero, y el aire le helaba la piel abrasada.

—No volverás a olvidar tu arma, mujer.

—No. No, nunca. Siempre la llevaré. —Ingrid se sonó la nariz húmeda. —Te lo prometo, en nombre de Odín y Freya, te lo prometo.

—¿Y si rompes esa promesa? Si te pones en peligro, ¿qué pasará?

Ingrid vaciló.

—¡Dímelo!

—Estaré sobre tu regazo otra vez y me azotarás.

—Con más fuerza y por más tiempo, y te meteré una vela en el orificio trasero para que cada vez que te golpee, te aferres a ella hasta que se rompa.

—¡Gunnar! —Sus palabras la sorprendieron, pero al instante supo que cumpliría su amenaza—. No, por favor... déjame en paz.

—¿Y qué harás cuando te deje en paz?

—Solo... solo quiero... ¡ay!

De repente, Gunnar la levantó para que se incorporase, pero le flaquearon las fuerzas en las piernas y terminó de nuevo en el suelo junto a un montón de lecho para animales. La paja le

arañó el trasero y cerró los ojos, gimiendo.

—Mujer mía, casi has muerto por tu desobediencia. —La cogió de la barbilla e hizo una pausa—. Mírame.

Abrió los ojos y se sorprendió de lo cerca que estaban sus rostros. Tenía las mejillas rojas y las pupilas dilatadas.

—Si no hubiera vuelto cuando lo hice, ahora no estarías respirando a mi lado.

—Ya lo sé —admitió Ingrid, sorbiéndose los mocos—. Me siento tan tonta, pero nunca había visto a un lobo en el granero antes y...

—Basta, no importa lo que pienses o lo que haya pasado antes de mi llegada. —La agarró por los brazos y se inclinó hacia abajo—. Todo ha cambiado ahora que estoy contigo. Todo, ¿lo entiendes?

—Sí, sí, entiendo. —Su voz era temblorosa, y el corazón se le aceleró.

Gunnar gruñó y le soltó los brazos para incorporarse. Ingrid se tambaleó hacia un lado, sin fuerzas. Clavó el codo en la paja y agradeció que fuera esto lo que cubriera el duro suelo.

El hombre se apartó de ella y se quitó la capa, dejándola junto a la rueda de carro. Bo le observaba, masticando perezosamente su heno.

Ingrid apretó las piernas. Su cuerpo ardía, su sexo se estremecía y su punto sensible se sentía hinchado. Mientras tanto, Gunnar apretó los puños y respiró hondo, levantando los anchos hombros y estirándose la espalda.

Ella le observó con recelo. ¿Qué iba a hacer a continuación? A diferencia de Frode, Gunnar era completamente impredecible. No podía adivinar si iba a salir furioso del establo, volver a azotarla o empezar a ordeñar las cabras.

—Tú. —Se volvió y se puso las manos en las caderas—. Eres, muy probablemente, la mujer más frustrante, tentadora, desobediente y hermosa que he conocido.

—¿Hermosa? —Era la única palabra que había oído—. ¿Yo?

—Sí. —Frunció el ceño—. Y tu coñito...

—¿Qué tiene? —Seguía estando deseoso y resbaladizo, y ella era muy consciente de ello—. ¿Qué pasa con mi flor?

—Reacciona a los azotes como lo hace con mi fallo.

—Pero... —La vergüenza la envolvió—. Me disgustaron mucho los azotes. —Se bajó la túnica hasta las piernas.

Gunnar frunció los labios y entrecerró los ojos.

—No puedes negar u ocultar lo que es una verdad, tu coñito está húmedo de deseo.

Tragó saliva, con la garganta apretada. El interior de sus muslos palpitaba y un peso de necesidad llenaba su pelvis.

—No, no puedo negarlo.

En dos pasos rápidos estuvo frente a ella. En sus ojos brillaba la fiereza y le palpitaba una vena de la sien.

—Por orden del rey y la reina, eres mi responsabilidad, y no permitiré que te quedes insatisfecha. —Cayó de rodillas a sus pies—. Es mi deber protegerte, castigarte y darte placer.

—¿Darme placer?

—Sí. —Gunnar la cogió de la base de la túnica y se la subió, dejando una vez más al descubierto sus muslos y luego el triángulo de vello en la unión de sus piernas. Un músculo se contrajo en su mejilla—. Placer.

Puso sus grandes palmas sobre los muslos de ella y los abrió.

El aire frío sopló sobre su feminidad expuesta.

—¡Oh! Gunnar... ¿qué...?

Este último miraba fijamente sus suaves pliegues con una expresión de hambre y determinación en sus facciones.

Jadeó y agarró puñados de paja. ¿Qué iba a hacer?

—Estás tan mojada que puedo verte gotear.

Ingrid se sonrojó. Ningún hombre había mirado su flor de aquella manera, y, ya que sabía que estaba hinchada y húmeda por la excitación, eso hacía que la situación fuese aún más bochornosa.

Pero entonces Ingrid no tuvo más tiempo de avergonzarse porque Gunnar se inclinó hacia delante y le metió la cara entre las piernas.

—¡Ah! —Se quedó mirando sus anchos hombros y la trenza que recogía sus cabellos—. Oh... en el nombre de Freya... yo...

Él lamió su delicada carne, saboreándola, explorándola con la punta de la lengua. Luego la puso sobre su dulce capullo y la movió de un lado al otro con una firme presión.

Respiró hondo. Dejó de ver y se enfocó en nada más que en la sensación que él estaba creando dentro de ella: una increíble, profunda e íntima; salvaje y lasciva.

Luego, Gunnar bajó más, como si no pudiera acercarse lo suficiente y utilizó los dedos para jugar con su entrada. Ante esto, Ingrid perdió las fuerzas y se tumbó de espaldas, con los ojos cerrados, mientras luchaba por respirar. Se había olvidado por completo de su dolorido trasero.

Aquel hombre la estaba llevando hacia un clímax rápido, uno que ella sabía que tendría una intensidad vertiginosa.

Su sexo se llenó cuando él introdujo dos de sus dedos, y ella se aferró a él, aguantando las sensaciones. Se precipitó hacia el clímax.

Sin embargo, Gunnar no cejó en su empeño: la estimuló con la boca y la impulsó hacia el placer más intenso. Y, de repente, la presión fue excesiva. Ingrid contuvo la respiración, inclinó la espalda y saboreó el dulce momento antes de ceder.

—¡Ah! —gritó. Su feminidad estalló en una sensación de éxtasis que le recorrió todo el cuerpo, hizo estragos en sus nervios, solidificó sus músculos y encendió luces brillantes en sus párpados. Aferró sus piernas a los hombros de él y se estrujó contra él, deseando algo más, deseando todo lo que él pudiera darle.

Gunnar continuó: introducía sus dedos en su sexo y le daba lo que necesitaba mientras ella sufría espasmos, palpitaba y gritaba.

—Gunnar... ah, Odín, Thor y Freya... —jadeó—. Se siente...

Él se levantó, con la boca brillante y los dedos aún dentro de ella.

—Tú... lo que acabas de hacer —consiguió decir—, yo nunca... nadie nunca había...

Él le dedicó una sonrisa torcida y perversa.

—Entonces ya era hora de que alguien lo hiciera. Doy gracias a los dioses de que haya sido yo. —Le acarició las entrañas, justo donde la sensación era más intensa.

Ella gimió y volvió a cerrar los ojos. Era tan bueno, él era tan bueno.

Se rio un poco.

—Ingrid, te juro que eres la mujer más dulce a la que castigar y dar placer.

Ella no respondió, pues estaba asombrada de su habilidad para tocar su cuerpo como un maestro fabricante de herramientas. En silencio, dio las gracias al Padre de Todo por habérselo enviado aquella noche de invierno. Dio las gracias a todos los dioses por haber hecho reina a Tove y por la generosidad del rey Njal.

La idea de no tener a Gunnar con ella ahora, aunque le dolieran sus azotes, no era algo que pudiera contemplar.

—Mujer, aunque podría pasarme toda la noche jugando con tu coñito de miel —comenzó Gunnar, apartando sus dedos y sentándose sobre los talones—, estoy hambriento de pan y pescado.

Juntó las piernas, sintiéndose hinchada de placer. El aroma de su excitación se elevó.

—Sí. Te he preparado alimentos. —Seguía sin aliento.

—Bien. —Gunnar se levantó y le tendió la mano.

Ella lo cogió y dejó que él la halara para ponerla en pie. Al hacerlo, su ropa volvió a acomodarse en su sitio.

Gunnar le cogió la cara con las palmas de las manos.

—No olvidarás esos azotes.

—No.

—Y no olvidarás llevar un arma.

—No, Gunnar. No lo olvidaré.

—Porque si lo olvidas... —Hizo una pausa y apretó los dientes—. Ya sabes lo que haré...

—Sé lo que harás, ya me lo has dicho. —¿Cómo pudo olvidarlo?

Asintió una vez.

Le miró la boca. Sus labios eran suaves y anchos, y en la última semana una barba incipiente había crecido bajo su labio inferior. Todo en su cuerpo, en su mente, le decía que se acercara y lo besara, que presionara sus labios contra los de él: que unieran sus almas como hombre y mujer.

Pero algo la detuvo, y es que no le correspondía besarlo. Gunnar era el amo, y a él le correspondía decidir si debían besarse y cuándo.

«Pero quiero que lo haga».

Le soltó la cara y se volvió para coger su capa.

—Ven, iremos a la casa larga y nos sentaremos junto al fuego mientras comemos.

Capítulo ocho

Pasaron varios días. Gunnar tuvo suerte con sus trampas y trajo dos liebres blancas evisceradas para que Ingrid las cocinara. También había declarado un plan para rastrear un ciervo: había encontrado huellas de pezuñas.

El trasero de Ingrid seguía sensible. Su castigo por olvidar la daga había sido duro, y se lo recordaba cada vez que se sentaba, pero los métodos de Gunnar habían funcionado, pues no se había olvidado la daga ni una sola vez desde que la disciplinó. La llevaba sujeta al cinturón de su túnica cada vez que salía de la casa larga.

El nuevo carnero había estado ocupado con las ovejas jóvenes, e Ingrid tenía la esperanza de que hubiese nueva vida en primavera. Pensaba en ello mientras remendaba un agujero en un par de calcetines y se preguntaba por su vientre. ¿Se hincharía? Gunnar la llenaba seguido de su simiente, mucho más que Frode.

Ingrid realizó una petición silenciosa a Freya, pidiéndole un bebé. Aún era fértil. Con cada luna llena, sangraba. Tal vez volvería a ser madre, la madre del hijo guerrero de Gunnar.

Sonrió. La idea le agradaba mucho.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Gunnar, sorbiendo hidromiel de un cuerno y recostándose en su silla.

—Nada.

—Piensas en algo. Dímelo.

—Estaba pensando en... Tove. Me preguntaba si ya estará preñada.

—Estoy seguro de que lo estará. El rey Njal es un vikingo viril, ella le dará muchos hijos.

—Hizo una pausa—. ¿Deseas estar con ella cuando dé a luz?

—Sí, es donde debe estar una madre.

—En ese caso, te llevaré al pueblo en primavera. Podrás escuchar las noticias con tus propios oídos.

Dejó de coser.

—Me gustaría, pero ¿quién cuidaría de los animales si yo no estoy aquí?

—Cuando lleguemos a Halsgrof, pagaré una moneda de plata al hijo de un granjero para que venga a cuidarlos, hasta que regresemos. También puede plantar cultivos y cuidar la tierra.

—¿Hasta que *regresemos*?

—Sí. —Bebió un trago y cerró los ojos, apoyando la cabeza en la silla de respaldo alto—. Estoy pensando que este será un lugar agradable durante la temporada de verano, cuando el sol no duerme.

—Tienes razón. —Volvió a coger sus puntadas y las miró a la luz de las velas—. Cuando el viento sopla del sur, las olas golpean en pequeños susurros contra los guijarros. La hierba se mece como si bailara, y los pájaros cantan día y noche, regocijándose con sus alas, las semillas y el sol en sus plumas. Los peces abundan cuando se lleva la barca allá, alrededor de la gran roca en forma de escudo, y la tierra reverdece en todos los tonos. —Suspiró, pensando en el verano y en cómo la vida se hacía más fácil con el descanso de los vientos fríos y el hielo. Cuando el sol daba calor a sus huesos y pintaba su piel como un cuero curtido.

—Lo vendes muy bien —dijo—. Puede que me tome un descanso de los viajes al extranjero y eche raíces aquí por un tiempo.

Ingrid no dijo nada. ¿Hablaba Gunnar en serio o lo hacía porque era pleno invierno y,

como muchos animales del bosque, estaba cansado? Prácticamente estaba hibernando, y hacía lo necesario para mantenerse caliente y comer y poco más.

«Excepto acostarse conmigo, lo cual hace bastante seguido».

Sonriendo, cogió el atizador y avivó el fuego. Cuando se le sanara el trasero, estaría contenta. De momento, estaba invernando mucho mejor de lo que alguna vez esperó. Tenía comida y leña, y compañía vikinga —una muy atractiva—, que le aceleraba el corazón cada vez que volvía de poner sus trampas, cada vez que entraba en la casa larga, cada vez que entraba en su cuerpo.

* * * *

—¡Ingrid, ven aquí!

Ingrid paró de ordeñar su cabra más grande.

—Estoy ocupada.

—Deja lo que estás haciendo y ven conmigo, mujer.

Suspiró y dejó el cubo en el suelo. Se había acostumbrado a obedecer; de hecho, era más sencillo hacerlo.

—Ahora vuelvo —dijo a la cabra y se secó las manos con un trapo.

Salió del granero y se adentró en la fría oscuridad, donde Gunnar estaba de pie, mirando a lo lejos y sosteniéndose las caderas.

Siguió su campo de visión.

Parecía como si lazos de color verde pálido, plateado y azul revoloteasen sobre los picos de las montañas, grandes olas de luz cambiante y oscilante que se ondulaban y serpenteaban.

—Las armaduras de las Valquirias brillan mucho esta víspera —dijo Ingrid, maravillada por el espectáculo.

—Sí, deben estar guiando a muchos guerreros por el Puente Bifröst hacia el Gran Salón.

—Entonces ha habido una batalla —dijo—. Me pregunto dónde.

—Al sur, muy al sur —dijo, cruzándose de brazos—. Dos clanes vikingos están en disputa.

—¿Cómo lo sabes?

—Es la única explicación para que tantos guerreros muertos vayan al Valhalla.

—Esta noche tendrán un buen banquete con los dioses —dijo Ingrid—. Levantaremos un cuerno de hidromiel en su honor y les desearemos lo mejor por haber tenido buenas muertes en la batalla.

—Sí, eso haremos.

Se volvió hacia ella y ella le miró a la cara. Las luces susurrantes parecían reflejarse en su piel, ensombreciendo su nariz y sus ojos entrecerrados.

Siempre que estaba cerca de él, sentía el impulso de tocarle, pero no lo hacía. En lugar de eso, se quedaba inmóvil.

—Estás demostrando ser una buena mujer —dijo en voz baja.

—¿Lo soy? —Sus palabras la complacían: cualquier elogio suyo lo hacía.

—Sí, tú entiendes las costumbres de un hombre y las costumbres de los dioses, no todas las mujeres lo logran.

—Lo estoy intentando.

—Lo estás consiguiendo. —Se acercó un poco más, con el pecho a escasos centímetros de ella.

—Es bueno oírte decir eso, Gunnar.

Asintió, un poco rígido, con los ojos clavados en los de ella.

—¿Ingrid?

—¿Qué me estás pidiendo? —dijo en voz baja.

—Yo... no te estoy pidiendo nada, pero voy a hacerlo. —Le cogió la cara y bajó la cabeza. Su nariz tocó la punta de la de ella brevemente, y entonces la estaba besando. La besaba de verdad: sus labios se movían sobre los de ella y su lengua ejercía presión entre sus dientes.

Ella gimió suavemente y se acercó más a él.

Su acción provocó una rápida reacción en Gunnar, que le soltó la cara y le rodeó la cintura con los brazos para atraerla hacia sí, hasta que la puso de puntillas.

—Ingrid —suspiró contra su boca—, ¿quieres que te bese como un hombre besa el alma de una mujer?

—Sí, sí quiero. —Ella deslizó sus manos alrededor de su cuello, aferrándose a él, usándolo como ancla mientras su corazón se disparaba.

—Aunque no sea tu marido.

—Gunnar, mi marido se fue hace mucho tiempo, ahora tú eres el hombre de mi vida.

—Sí, lo soy. —Una vez más, su boca chocó contra la de ella: fue un beso apasionado y decidido que le robó el aliento y le hizo vibrar desde los dedos de los pies hasta la coronilla. Por fin sabía lo que su beso encerraba; después de tanto desearlo, ahora lo tenía.

Gunnar bajó las manos hasta su trasero y, por encima de la capa, la sostuvo de las nalgas para levantarla.

Su beso no se interrumpió mientras ella le rodeaba la cintura con las piernas y cruzaba los tobillos en la parte baja de la espalda.

Gunnar gruñó. Su duro miembro se encajó en su feminidad por encima de la ropa, y entonces un torrente de necesidad la embargó. Ese vikingo que había llamado a su puerta en medio de una tormenta se había convertido en su mundo, y ella lo deseaba desesperadamente.

—Necesito estar dentro de ti —dijo él, retrocediendo hasta que los hombros de Ingrid chocaron contra la pared del granero—. Y no voy a perder el tiempo yendo a la casa larga.

—Por favor —dijo ella contra sus labios—. Tómame, hazme tuya.

Gunnar gruñó y se quitó el cinturón, que cayó al suelo nevado, y su miembro quedó libre. Luego, le apartó la ropa interior. El aire frío le sopló entre las piernas e Ingrid se estremeció de deseo. Los rápidos y urgentes movimientos de Gunnar la hacían jadear de excitación. Nunca se había sentido tan deseada, tan necesitada. Todo lo que hacía era embriagador, como si hubiera comido las setas que crecían en el bosque.

—Acepta mi falo y mis besos —le dijo, acercando la punta de su erección a su entrada.

—Lo quiero todo —dijo ella, aferrándose a sus hombros y preparándose para la penetración—. Todo de ti, todo.

—Ya me tienes. —Apretó los dientes y la miró fijamente a los ojos. Luego curvó las caderas y la embistió hasta el fondo.

Ingrid gritó, la repentina y súbita penetración le produjo un pellizco de dolor, así como una gloriosa satisfacción.

El cielo se iluminó tras él. Se detuvo al enterrarse en lo más profundo de su cueva, permitiéndole acostumbrarse a la flagrante invasión. Mientras, olas de color esmeralda, jade y amarillo, cual diente de león, destellaban, parpadeaban y galopaban sobre el cielo.

Inclinando las caderas, Ingrid apretujó su miembro.

—Ah, mujer mía —gruñó Gunnar, con los ojos cerrados. La besó de nuevo y se retiró para volver a penetrarla, estampándola así contra la pared del granero mientras la penetraba hasta

el fondo.

Ingrid lo abrazó, completamente perdida para él, completamente poseída por él.

Su cuerpo se estrechó contra el de ella y, al instante, sintió deseos de más. Ella gimió en su boca y enredó su lengua resbaladiza con la suya.

De nuevo, Gunnar estuvo a punto de salir de su interior, pero volvió a entrar hasta el fondo. Marcó un ritmo rápido, parecía desesperado por demostrarle con su miembro lo mucho que ella significaba para él. Parecía que quería demostrarle que sus almas se habían entrelazado.

Nunca en su vida Ingrid había pensado que tendría sexo al aire libre, contra los muros del granero, con un salvaje guerrero vikingo. No se había atrevido a soñar o fantasear al respecto, pero ahora estaba sucediendo, y era real.

—Ah, ah, ah —gimoteó ella con cada uno de sus ansiosos movimientos.

Pronto la presión había alcanzado el delicioso punto en el que necesitaba desbordarse, no podía contenerla.

—Hazlo conmigo —jadeó en su boca—. Puedo sentir que ya casi acabas... tu coñito está tan apretado y húmedo. Libérate conmigo... hazlo, entrégate... ahora.

Ella le obedeció y dejó que la felicidad la invadiera: fue tan estridente como cualquier trueno de los dioses, tan ardiente como el fuego, mejor que nunca.

Gunnar soltó un rugido y levantó la cabeza hasta el cielo. La inmovilizó contra el granero con su cuerpo y su miembro liberó su placer.

Una sensación de éxtasis recorría la feminidad de Ingrid y le costaba respirar. Todavía sentía palpar la raíz hinchada de Gunnar.

Volvió a curvar las caderas hacia abajo, lo que hizo crujir la pared del granero.

—Sí, qué bien... Te sientes tan bien...

—Gunnar. —Ella se aferró a él mientras él extendía el placer de ambos y se aseguraba de que estuviesen completamente satisfechos—. Ah sí, te amo.

Él inclinó el rostro sobre el de ella y sus ojos brillaron.

—¿Me... me amas? —preguntó.

—Sí. —Su corazón, aunque latía deprisa, se detuvo por un instante. ¿Por qué había dicho eso? Las palabras habían brotado de su boca sin mucho pensamiento—. Te amo.

—Mujer —comenzó Gunnar, sosteniéndola de la barbilla. De su boca salió un hálito cálido, que se levantó al aire y se entremezcló con el de ella—. No digas eso si no lo sientes en verdad.

—Lo digo en serio. —Sujetaba su barbilla con firmeza, y su miembro seguía clavado en su interior—. No puedo imaginar estar aquí sola sin ti.

—Eso no es amor, eso es porque yo te estoy proveyendo.

—Gunnar. —Sus ojos comenzaron a escocerle, amenazando con empañarse e hincharse de lágrimas—. Eso no es cierto, es a ti a quien amo, a ti y a tu corazón de guerrero vikingo.

El hombre tragó saliva, sonido que resonó en medio de la silenciosa noche.

—¿Dices la verdad?

—Sí, lo prometo.

Él frunció los labios, inexpresivo. Por un momento, Ingrid pensó que no hablaría más, pero entonces dijo:

—Ingrid, eres mía, eres mi mujer de una manera en la que nunca había tenido a alguien. Eres...

—¿Qué soy?

Se acercó aún más, introduciéndose todavía más adentro de su cuerpo.

—Eres las luces del cielo, las olas de este lago, la comida con la que me doy un festín. Lo eres todo para mí, tu sonrisa, tu obediencia, tus dulces besos y tu cuerpo de miel... Yo también te amo.

—¿En serio?

—Sí, ¿no eres capaz de reconocerlo? —Volvió a besarla, aunque esta vez con más suavidad; sus labios le decían cuánto la adoraba con cada movimiento tierno y afectuoso.

Se desdibujó el límite donde él terminaba y ella empezaba, todo se desvaneció: el frío, la armadura centelleante de la valquiria, el largo y oscuro invierno. Para Ingrid, la vida nunca se había sentido tan cálida, tan completa ni tan gratificante.

Y era todo a causa de Gunnar de Barosvik, el vikingo que la amaba.

Capítulo nueve

Los días se acortaron hasta que apenas quedaban unas débiles franjas de luz cada mediodía. El sol se había vuelto tan tímido que se quedaba escondido bajo las montañas, sin enviar más que unos tenues rayos rosados sobre el lago.

Aquel guiño al paso de otro día era tan fantasmal como terriblemente frío. El lago se había congelado y cubierto de nieve, por lo que era imposible ver dónde terminaba la tierra y empezaba el agua.

Ingrid preparaba la comida y cuidaba de los animales mientras Gunnar revisaba sus trampas, cazaba y arreglaba la casa larga.

La vida había adoptado un ritmo de supervivencia. Fuera arreciaba una tormenta tras otra que zarandeaba los laterales del granero, levantaba cualquier tabla suelta de su casa y se colaba por debajo de la puerta siempre que podía.

Pero las noches no eran frías: gracias al fuego constante en el fogón, a la abundancia de mantas y pieles nuevas, y al cuerpo de Gunnar, Ingrid se mantenía en calor.

Le hacía el amor con frecuencia, a veces dos veces por noche, y cada vez la besaba, besos profundos que la llenaban de esperanza en el futuro.

Ingrid terminó de recoger los huevos, cinco en total, y echó un vistazo a una de las cabras jóvenes. Estaba de pie en un rincón, dormitando, y aunque permanecía completamente quieta, era evidente que se le estaba hinchando la barriga.

—Ah, esto es bueno. —Ingrid asintió al carnero—. Cuando llegue la primavera tendremos más cabras y con ello más leche.

Gunnar estaría encantado, bebía mucha leche y siempre se le dibujaba una línea blanca en el labio superior, que luego se limpiaba con el dorso de la mano.

—¡Mujer!

Se giró al oír la voz de Gunnar. Llevaba horas en la oscuridad revisando trampas.

—¡Mujer! ¿Dónde estás?

Corrió hacia la puerta del granero y la abrió.

Bo asomaba entre la capa de nieve que caía. Sobre él cabalgaba Gunnar, con su capucha cubierta de nieve y la capa oscura bien ajustada.

—He matado a un ciervo.

—¿Sí?

Gunnar se acercó e Ingrid vio a la bestia destripada lanzada tras él.

—Debemos prepararlo y congelarlo. Comeremos bien para el festival de invierno.

—Qué bueno. —Ya podía imaginarse el olor de la carne cocinándose. Era su carne favorita y hacía mucho tiempo que no se daba el gusto.

Una vez junto al granero, Gunnar dejó caer el cadáver al suelo.

—Lo he destripado en el bosque cercano, así que los lobos se saciarán. Pero no quiero atraerlos aquí, hay una gran manada, a juzgar por sus huellas.

Ingrid se estremeció.

—No queremos más visitas de lobos. —Le escocían las nalgas solo de recordar la última. Su castigo por no llevar su daga había sido severo.

Ingrid se dispuso a coger su daga y, mientras Gunnar se ponía en pie, ella empezó a trabajar. Bo entró trotando en el establo, evidentemente deseoso de heno y calor, y satisfecho de

que se le hubiera quitado el peso de la espalda.

Juntos desollaron a la criatura y la descuartizaron en trozos manejables.

Cuando terminaron, Gunnar se enderezó.

—Eres hábil.

—Gracias. Frode solía dejarme la tarea cada vez que tenía una cacería exitosa.

Alzó las cejas. Varios copos de nieve se habían incrustado en ellas.

—¿Tu esposo no lo hacía por ti?

—No.

Una arruga surcó su frente.

—¿No te cuidaba adecuadamente, Ingrid?

Ella vaciló.

—Sí, se preocupaba por mí.

—¿Qué es lo que no me estás diciendo?

—Nada.

—Mmm. —Se enderezó y se limpió las manos en un trapo—. Hablas poco de Frode, y empiezo a pensar que es porque hizo poco para asegurar tu bienestar.

—Eso no es cierto —replicó Ingrid a la defensiva. No estaba bien hablar mal de los muertos.

—Todo estaba en mal estado cuando llegué, incluso su barca sigue llena de agujeros.

—Se fue hace muchos veranos.

—Sí, en ello tienes razón. —Se acercó a Ingrid, mirándola fijamente—. ¿Creías que era un buen marido? Dímelo, mujer. Necesito saber si te dio lo que necesitabas para que cuando me encuentre con él en el Valhalla podamos festejar juntos como amigos.

—Sí... —Ella no pudo mantener su contacto visual—. Me daba lo que necesitaba.

—¡Mujer!

Se estremeció. Una fría ráfaga de viento la había rodeado.

—Dímelo. —Bajó la cara hacia la de ella—. ¿No proveyó suficiente comida, leña, animales o...?

—No, nada de eso. Vivíamos bien con Tove. En verdad así fue.

—¿Durante el invierno también?

—Sí.

—¿Te brindaba calor en el lecho? ¿Te satisfacía como yo?

Volvió a apartar la mirada por miedo a que él viera la tristeza en sus ojos, los recuerdos de haberse dado placer a sí misma porque su marido no tenía interés en su cuerpo.

—Ahora lo entiendo. —La rodeó con los brazos y la atrajo hacia los pliegues de su capa de piel gruesa.

—¿Qué? ¿Qué entiendes?

—Por qué tu cueva está tan apretada, por qué te sentiste virgen la primera vez que te penetré.

—Tengo una hija, Gunnar: la reina, en caso de que lo hayas olvidado. No era virgen.

—Sí, lo sé, pero han pasado muchos años desde que nació, y probablemente muchos años más desde que Frode yació contigo.

—Eso es cierto. —Hizo una pausa mientras el viento aullaba alrededor del granero y soplaba contra ella. Gunnar la abrazó con más fuerza—. Pasaron muchos años y...

—¿Y?

—Y rara vez me tocaba, rara vez yacía conmigo. Es esa la razón por la que solo tuve un

hijo. Era como si no tuviera interés en hacer el amor conmigo.

—Entonces el hombre era un tonto, y no estoy seguro de que vaya a festejar con él en el Valhalla.

—No era tonto, solamente... Ay, Gunnar, eres el primer hombre que me ha dado placer de formas que antes solo podía soñar.

—Eso me complace, mujer, por supuesto que sí. Pero me disgusta pensar en tus años de frustración.

—Fueron frustrantes, sí, pero ahora estás tú aquí. —Le tocó la cara fría. En las mejillas y en la barbilla le había salido una barba incipiente—. Y agradezco a todos los dioses cada día que estés aquí.

—Así como yo les agradezco por estar aquí. —Rozó los labios de Ingrid con los suyos—. Ven, guardemos esta carne y luego cocinemos y comamos. Tendremos las barrigas llenas cuando vayamos a nuestro cálido lecho esta noche. —Miró hacia la casa—. Y adoraré tu cuerpo como siempre debería haber sido adorado.

—Me gustaría. —Sonrió, con una pequeña efervescencia de excitación calentándose entre sus piernas a pesar del mal tiempo.

—Te gustará más de la cuenta, y gritarás mi nombre con tanta fuerza y con tal éxtasis que todos los dioses te oirán. Odín, Thor, Loki, Freya, todos ellos sabrán cómo reacciona tu cuerpo al mío y cómo puedo arrancarte tan formidable placer.

—Ay, Gunnar, estoy tan feliz de que seas mi hombre.

—Siempre seré tu hombre vikingo, es eso lo que me hace feliz.

—¿Qué... qué insinúas? —¿Era lo que ella pensaba? ¿Quería casarse con ella?

—Me refiero a que soy tu hombre. Ningún otro te tocará como yo. Eso es lo que estoy diciendo. —La soltó de repente—. Ahora guardemos la carne antes de que los lobos la huelan. —Se agachó y llenó sus brazos con los congelados trozos de carne envueltos en lino.

Ingrid le miró la espalda, tan ancha como la de un oso. Él había puesto fin a la conversación, pero ella no lo olvidaría. ¿La quería como esposa? Al parecer, así era.

No había considerado casarse de nuevo después de Frode porque no podía imaginarse a sí misma como novia de otro hombre, pero eso había cambiado desde la llegada de Gunnar. Ahora le pertenecía a él. Casarse y que el pueblo de Halsgrof supiera que estaban unidos, que ella era suya, sería un sueño hecho realidad.

Pero Gunnar era un explorador vikingo que ejercía su oficio en altamar, asaltando y comerciando. ¿Se contentaría con quedarse en Cativad o la abandonaría durante meses o años para viajar a otras tierras de las que ella solo había oído hablar?

Quizás no quería ser un marido. Quizá sólo la quería en su cama cada invierno, o quería un cuerpo suave y cálido en el que hundir su miembro; alguien que cocinara sus festines, sirviera su hidromiel, y nada más.

¿Sería suficiente para ella?

¿O siempre anhelaría más? ¿Anhelaría tener el título de esposa de Gunnar de Barosvik?

* * *

Ingrid palpó bajo el vientre de su cabra.

—Buena muchacha, vas a ser madre, estoy segura. —Sonrió cuando la cabra le dio un cabezazo cariñoso—. Y llevarás a tu nuevo bebé al prado para que coja la hierba primaveral, ¿qué te parece?

La cabra baló e Ingrid rio.

Bum, bum, bum.

Se levantó y se volvió hacia la puerta del granero. ¿Qué hacía Gunnar? Le había dicho que estaría quitando la nieve del tejado de la casa larga.

Bum, bum, bum.

Salió al exterior tan rápido como pudo. Era la hora del sol débil, y divisó a quien buscaba junto a la barca de Frode, la cual habían sacado del lago antes de que el agua se congelara.

Gunnar volvió a golpear la embarcación con su hacha, destrozando el arco.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Ingrid, corriendo hacia delante.

Gunnar levantó la cabeza y los brazos. La hoja del hacha brillaba de color blanco rosado.

—Estoy cortando esto para tener más leña.

—Pero no puedes... es la barca de Frode.

Ingrid la había cuidado durante años, y tenía la intención de repararla en la primavera.

—Hace tiempo que se fue. —Bajó el hacha, astillando aún más el casco—. Y esta barca no sirve de nada.

—No... —Ella se precipitó hacia adelante—. No puedes destruirla, le pertenece a él y me pertenece a mí.

—¿De qué sirve una barca llena de agujeros? —Él la miró con el ceño fruncido—. No seas tonta, mujer.

La indignación la invadió. Gunnar no tenía derecho a destruir su propiedad ni a decirle que era tonta.

—No me digas que soy tonta y deja de romper la barca.

—No haré tal cosa. —Siguió cortando, mientras los gruesos músculos de sus brazos se tensaban y flexionaban bajo su ajustada túnica.

—Gunnar. —Dio un pisotón—. Te he dicho que te detengas.

Él se detuvo y la miró fijamente con el entrecejo fruncido.

—No creas que puedes decirme lo que tengo que hacer, mujer.

—No quiero que la barca se use como leña.

—He decidido su destino. —Levantó el hacha—. Encargaré una nueva barca en Halsgrof cuando llegue la primavera.

—Pero yo quiero la que ya tengo. Quiero repararla.

Gunnar blandió el hacha, astillando esta vez el centro del casco.

No había ninguna posibilidad de reparar el barco, al menos ahora no, e Ingrid lo sabía. El enfado le calentó la sangre y se enjugó la frente, caliente a pesar del frío ártico.

—¡Alto! —Corrió hacia él y le agarró el brazo derecho sin soltarlo.

—Ingrid. —Gunnar la fulminó con la mirada—. Suéltame.

—Quiero que dejes la barca.

—¿Por qué? —Hizo una pausa y se quedó sin mover el hacha—. ¿Porque aún amas a Frode? ¿Lo deseas aquí?

—Frode está de fiesta con los dioses, y no se alegrará de que destruyas su barca.

—No estoy considerando a Frode, sino a ti. Ahora responde a mi pregunta.

—Te amo —habló Ingrid con voz aguda, y la frustración acentuaba cada una de sus palabras—. Te amo, Gunnar, pero eso no significa que puedas romper esta barca. Eso no significa que puedas hacer lo que quieras por aquí, yo...

—En eso te equivocas. —Su voz era grave y ronca—. Yo soy el amo de esta casa larga, como bien sabes.

Claro que sí lo sabía, y así actuaba cada día con ella, su obediente mujer. Excepto que, en

aquel instante, eso la molestaba como si de una serpiente a la que le hubieran estampado la cola se tratara.

—Y como tal —prosiguió el hombre, zafándose de la mano de Ingrid al alzar el hacha—, haré lo que me plazca y tú lo aceptarás.

Volvió a blandir el hacha, partiendo un tablón en dos.

—¿Debo aceptar siempre lo que dices y lo que haces? —inquirió ella, y se llevó las manos a las caderas.

—Sí, mujer, debes hacerlo. —Volvió a cortar la embarcación. Una astilla de madera voló por el aire, justo por encima de su hombro.

Ingrid lanzó un chillido y gruñido de frustración, y luego se agachó y agarró el trozo de madera afilada.

—Así que vuelve a la casa larga —terció él con el hacha en alto—, y prepárame una comida.

Ingrid no se movía. Era como si sus botas estuvieran llenas de piedras pesadas.

—¡Ahora! —rugió—. Antes de que te ponga sobre mi regazo para darte una buena zurra, mujer.

Sus mejillas se sonrojaron por haberle hecho enfadar. Un azote era un peligro muy real.

Pero él también la había hecho enfadar a ella. Sus acciones, su tono de voz, sus amenazas. Todo ello le había hecho hervir la sangre y parecía como si una niebla de furia le hubiese cegado.

Antes de que tuviera tiempo de pensar en las consecuencias, Ingrid le lanzó el trozo de madera en forma de flecha.

Fue como si el tiempo se detuviera: la madera atravesó el aire en dirección directa a su cara y, cuando dejó caer el hacha, ésta le golpeó la mejilla. Finalmente, al aterrizar en el suelo, un corte rojo rubí había aparecido en su piel.

Gunnar se volvió hacia ella, con asombro y sorpresa en los ojos, y luego soltó el hacha, dejándola de pie en el casco destrozado.

Sin decir palabra, se enderezó y se tocó la mejilla, hundiendo las yemas de los dedos en el flujo de sangre. Examinó sus yemas, que habían adoptado un color escarlata, y luego se volvió hacia ella.

—Lo siento —dijo ella, sintiendo pánico en lugar de ira, como antes—. Lo siento, Gunnar, no fue mi intención...

—Querías hacerme daño. Querías descargar tu ira en mí, en mi carne.

—No pensé que lo haría... Ven a la casa larga, déjame limpiarte el corte.

—No, me la limpiaré yo mismo. Quiero que te vayas a la casa larga, ahora mismo, y me ocuparé de ti allí.

—¿Ocuparte de mí?

—Has sido insolente, tu comportamiento no es algo que pueda tolerar o dejar impune.

—Pero en realidad lo siento, yo...

—Las palabras no arreglarán lo que has hecho, Ingrid. —Señaló la casa larga—. Ahora entra ahí antes de que te ganes más azotes.

Sintió un cosquilleo en el trasero y apretó las nalgas. Hacía tiempo que no la azotaba. Tal vez había olvidado cuánto lo odiaba y por eso había tenido el valor de lanzarle algo. Ah, pero qué tonta había sido. La barca ya estaba estropeada, así que, ¿por qué había hecho tanto escándalo?

—Entra en la casa larga —vociferó él y volvió a señalarla—. Y no creas que voy a ser

indulgente contigo, mujer.

Capítulo diez

Ingrid corrió hacia la casa larga. Su respiración era entrecortada, y sentía que le flaqueaban las rodillas. Ya no pensaba en el frío cortante, la nieve implacable y los animales; ahora solo podía pensar en su temeraria acción y en lo que iba a ocurrir a continuación.

Gunnar era aún más peligroso cuando hablaba con ese tono profundo y retumbante que exigía obediencia y destilaba dominación.

Y la dominaría. Era pequeña, estaba atrapada y totalmente a su merced. Sí, ella quería complacerle, ganarse palabras de elogio, pero la otra cara de la moneda era su ira, su disgusto cuando ella le enfadaba o le decepcionaba.

Rápidamente, le tendió un trapo limpio para que se curara el corte y luego dio dos vueltas alrededor de la hoguera mientras se tocaba las manos nerviosamente. Sintióse acalorada de repente, se despojó de la capa y la dejó caer sobre el banco.

El pulso le retumbaba en los oídos y se preguntó si debía quitarse la ropa para cuando llegase Gunnar. ¿Le complacería? ¿Le ahorraría unos cuantos azotes?

Pero antes de que pudiera hacerlo, su figura ensombreció la puerta.

—He dejado un trapo allí para que lo uses, por favor déjame...

—No hables, ya has dicho bastante. —Entró furioso y cogió el trapo. Se limpió bruscamente la mejilla, extendiendo una mancha de sangre hacia su nariz. Luego, la miró como si sopesara sus opciones y qué debía hacer con ella.

«Los dioses me han bendecido con imaginación a la hora de imponer castigos».

Ingrid recordó las palabras de Gunnar, y su vientre se contrajo. Había un brillo diferente en sus ojos: uno desafiante, confiado, tal vez incluso excitado.

La luz de las velas parpadeaba sobre su rostro mientras él hundía los dedos en el escote de su túnica.

Ingrid respiró hondo, pero en cuanto lo hizo, se quedó sin aliento: Gunnar le había arrancado la ropa, desgarrándola desde el esternón hasta el vientre, y el material se rasgó con tanta facilidad como cuando se usa un cuchillo caliente para cortar mantequilla. Ante tal fuerza, se tambaleó hacia delante y perdió el equilibrio.

La sujetó con fuerza, enderezándola con un sólido apretón.

—Gunnar —jadeó ella.

—Cuando haya terminado contigo, mujer, no volverás a hablarme así, ni se te ocurrirá decirme lo que tengo que hacer, ni me tirarás leña a la cara.

—Lo siento. No lo volveré a hacer.

—Sé que no lo harás. —Una vez más, rasgó su túnica. Esta vez se rasgó hasta la base, exponiendo su desnudez.

—Es bueno que no lleves ropa interior hoy. —Tiró la túnica hecha jirones a un lado—. Ahora inclínate.

Ella esperaba que la inclinase sobre su regazo, pero en su lugar, Gunnar dio un manotazo en la mesa, tirando al suelo una barra de pan de centeno a medio comer y un cuchillo.

—¡Ah! Pero yo... —jadeó ella. La había puesto boca abajo sobre la fría madera. Sus pechos se aplanaron y empinó su trasero, vulnerable y tembloroso.

—No te muevas. —Le puso la mano entre los hombros, inmovilizándola.

No podía moverse, aunque hubiera querido, pues el calor del fuego le abrasaba el costado

derecho y Gunnar estaba a su izquierda.

—Por favor, no tan fuerte. —Ella se echó hacia atrás y puso la mano sobre su trasero—. Te lo ruego.

—No te corresponde decidirlo. —Le agarró el antebrazo y le apartó la mano—. No te interpongas, porque harás que esto sea peor para ti.

El primer azote fue rápido y repentino, e hizo gritar a Ingrid, que salió despedida hacia delante con un sonido chirriante de las patas de la mesa.

—Te dije que te quedaras quieta. —Ejerció más presión sobre sus hombros—. Quédate quieta y acéptalo.

Apretó los dientes, sabiendo que el siguiente azote no tardaría en llegar.

Y así fue: aterrizó de lleno en ambas nalgas y envió relámpagos de fuego sobre su piel. Su feminidad se contrajo y su botón palpitó. El dolor se extendió entre sus piernas.

—Nunca más. —La azotó—. Nunca más te volverás a comportar así. —Otro azote, luego otro y otro más.

Se le humedecieron los ojos y se mordió el labio inferior. Apenas había notado el dolor abrasador de cada azote cuando venía la siguiente.

El agudo sonido de piel chocando entre sí resonó por toda la casa. Estaba tan avergonzada de lo que había hecho, de cómo había actuado, y mientras recibía los azotes, supo que nunca volvería a lanzarle nada a Gunnar.

—Por favor... he aprendido la lección. —Jadeaba.

Él se detuvo un instante.

—Ni siquiera estás cerca. —Le pasó la mano por el trasero dolorido—. Y apenas he empezado.

—Ah, no... yo... por favor. —Ella movió sus caderas de izquierda a derecha.

—Quédate quieta. —Puso su palma sobre sus nalgas.

Rápidamente, estableció un rápido ritmo de azotes, en los que cada uno aterrizaba con precisión y le brindaba un calor punzante.

Su sexo se humedeció. Un fuego intenso nacía en su vientre, provocándole una necesidad que no comprendía. Sin embargo, trató de escapar de esa sensación, pues no quería desearla, y se quedó en puntillas, arañando la mesa.

Se detuvo y le puso la mano en el trasero.

Estaba ardiendo, su trasero nunca había estado tan caliente y al rojo vivo como ahora.

—¿Has terminado? Por favor, que ya haya terminado, te lo pido, por favor, Gunnar.

—Deja de hablar, mujer. —Se apartó de ella—. Y no te muevas.

Respiraba deprisa y sentía las axilas húmedas.

Gunnar se quitó la capa y la dejó caer sobre la silla, junto a la de Ingrid. A continuación, se subió las mangas de la túnica por los brazos para dejar al descubierto los tendones y músculos bajo su piel.

Ingrid tembló, dándose cuenta de que había dicho la verdad: apenas había empezado con ella.

Se dirigió a la caja de las velas y, cuando estuvo allí, se detuvo y la miró fijamente, clavándola en la mesa con los ojos.

No se atrevía a moverse. Apenas se atrevía a respirar.

Aparentemente satisfecho con su obediencia, cogió una larga vela del grosor de tres de sus dedos. La levantó, la examinó, la recorrió con la punta del dedo y asintió.

—¿Qué estás...?

—¿Te he dicho que hablaras?

Sacudió la cabeza y apretó los labios. La confusión se enfrentaba a la aprensión: ya había velas encendidas, no necesitaban más.

—Mmm —dijo—. Esto debería servir.

Sabía que no debía hacer más preguntas.

A continuación, mojó la base de la vela en la mantequilla y luego se posicionó detrás de ella. Ingrid miró por encima de sus hombros, el temblor de su vientre iba en aumento y la tensión de sus piernas las hacía temblar.

—Recuerda —dijo bruscamente—, tu cuerpo es mío, cada centímetro de tu cuerpo lo es, y puedo hacer lo que quiera cuando quiera.

—Sí, Gunnar, pero... —Se le apagaron las palabras. Tiró de su dolorida nalga izquierda, dejando al descubierto su ano.

En ese momento, ella se dio cuenta de su plan.

—Oh, no... no lo hagas... yo...

Intentó apartarse de la mesa y escapar, pero la mano de él se aferró a sus hombros, aprisionándola contra la madera.

—Llevarás esta vela donde yo decida ponerla.

—Pero allí no, por favor...

—Allí será. —Tocó el extremo con mantequilla en el centro de su agujero.

Instintivamente, se contrajo. Ningún hombre había tocado nunca su orificio trasero, y ahora Gunnar quería meterle eso... Era impensable.

—Harás que todo empeore para ti si te resistes. —Aumentó la presión, y su delicado y resbaladizo agujero se abrió—. Déjalo entrar, Ingrid, déjalo dentro de ti. —Su voz era tranquilizadora, alentadora, como si estuviera siendo amable con ella—. No te opongas a tu castigo, que tú misma te has buscado.

Ella no creía que fuera amable por demasiado tiempo. Su crimen era demasiado grande, y él tenía razón: ella se lo había buscado.

Con la mirada fija en las pieles tendidas en la cama, contuvo la respiración. La vela se deslizaba por su trasero. Su estrecho pliegue se había abierto a su alrededor, y la suave invasión no era tan desagradable como había pensado.

Continuó penetrándola. Su acción era tan oscura, tan cruda, pero tan íntima.

De nuevo luchó consigo misma, inició una batalla de saber que era su castigo y que estaba diseñado para humillarla y hacerla sufrir, pero al mismo tiempo descubrió que la vela que se adentraba en ella era una nueva sensación erótica que no le dolía lo más mínimo.

—Ya ha entrado —dijo—. Y permanecerá allí hasta que yo decida quitártela.

—Sí... sí, entiendo.

—Ahora a reanudar los azotes. —Le dio un golpe en la mejilla derecha.

—Ay, pero cómo... ¡ay! —Era imposible no aferrarse a la vela mientras el calor del azote le recorría la piel.

Volvió a azotarla, esta vez en la mejilla izquierda, e Ingrid volvió a apretujar la vela. Se movió dentro de ella y gimió entrecortadamente.

—Veo que este castigo está funcionando —dijo—. Estás aprendiendo una lección que nunca olvidarás.

—No... la olvidaré —logró decir—. ¡Ay!

La azotaba por turnos, golpeando cada nalga. Una vez más, el calor crecía y el agudo escozor de su palma aumentaba el ardor. Bajó a la parte superior de los muslos y ella gritó, con

un dolor nuevo y agudo.

—Haz silencio —dijo—. Acepta tu castigo con dignidad.

Era difícil sentirse digna con una vela en el ano y las nalgas enrojecidas por un vikingo enorme. Ingrid volvió a gritar y apretó las nalgas, haciendo que la vela se moviera.

—Deja de hacer eso —espetó—. Quédate quieta y haz silencio.

Bufó, ahora le goteaba la nariz.

—Por favor, no más, me duele mucho. Me portaré bien, lo prometo.

—Te falta mucho autocontrol, mujer, y estoy a punto de remediarlo. —Se alejó para ir al fogón y cogió una larga cerilla, la cual luego encendió y alzó.

—¿Qué... qué estás haciendo? —Ella se giró para verle.

—Voy a encender la vela que sobresale de tu agujerito inferior, y no te moverás. Si lo haces, cera caliente goteará en tus piernas. —Tocó la mecha con la cerilla, y una llamita naranja cobró vida—. No te muevas. —Apagó la cerilla—. Si te quemas con cera caliente, me desagradará.

—Yo... lo intentaré.

—Sí, lo harás. —Le acarició el trasero como si examinara su roja obra y las huellas de sus dedos.

No se movió. Una gota de excitación se había deslizado desde su feminidad hasta el interior de sus muslos. ¿Lo descubriría? ¿Intentaría endurecer su castigo si supiera que su necesidad de sentir su miembro en su interior aumentaba con cada respiración?

—Ay, Gunnar... —gimió.

—Te dije que te callaras. —Caminó alrededor de la mesa y sus pasos resonaban—. Pero no parece ser capaz de hacerlo.

—Lo siento, Gunnar, pero ah... —Sobre su piel sintió un relámpago de calor de la vela encendida en su ano. En verdad debía quedarse quieta.

—Conque sigues hablando —gruñó Gunnar y se quitó el cinturón abrochado, que cayó al suelo con un ruido metálico—. Pronto podré acabar con eso.

Se bajó los pantalones hasta que quedaron alrededor de sus muslos velludos, y se sostuvo el miembro. Luego la miró fijamente, y estaba tan cerca de su cara que podía ver cada vena: el extremo era ancho y brillante, y la protuberancia profunda.

—Abre la boca. —Le agarró un mechón de pelo y le levantó la cabeza, con la cara inclinada hacia su miembro—. Ábrela y recíbeme dentro de tu boca. Tócame con los dientes y habrás triplicado tu castigo de hoy.

—Gunnar... —Iba a llenarle la boca con su miembro. Nunca había hecho eso antes. En verdad debió haberlo molestado con su forma de hablar.

—Hazlo. Ábrela. —Le tiró de las raíces del pelo.

Ella hizo lo que él le había pedido y abrió mucho la boca: su miembro estuvo allí al instante, deslizándose entre sus labios y sobre su lengua.

Estaba caliente, duro y sabía a almizcle, y a medida que entraba más, ella inspiraba su aroma y su sabor.

—Qué boca tan dulce —dijo con un gemido—. Sigue tomándome. Sigue tomándome.

Ingrid no tenía muchas opciones. La vela que sobresalía de su ano seguía ardiendo y su boca estaba llena del grueso miembro de su amo vikingo.

Gimió como si ya estuviera festejando en el Valhalla.

—Ah... bien... bien.

Ella abrazó su miembro caliente con su lengua, ante lo cual él gruñó y se deslizó más

adentro.

Su boca estaba tan llena de él, sus mejillas abultadas, su garganta a tope.

Justo cuando ella temía que fuera demasiado profundo, él se retiró hasta sus labios, dándole tiempo para tomar aliento, y luego volvió a introducirse.

La sujetaba rígidamente por el pelo mientras la llenaba y luego se retiraba. Trató su boca como había hecho con su sexo, metiendo y sacando su miembro una y otra vez.

Su estómago estaba tenso por la excitación. ¿Acaso derramaría su simiente en su garganta?

Más fluidos goteaban de su sexo. Estaba totalmente a su merced, era un juguete, una mujer desobediente que necesitaba una lección.

Ahora estaba caliente y sin aliento, su agujero temblaba alrededor de la vela.

—Tienes una buena boca —dijo Gunnar, moviendo las caderas. La estaba usando para su propio placer—. Así, sí, con tu lengua.

Siguió envolviendo su miembro con la lengua, sujetándola con fuerza.

De nuevo gimió, y esta vez también dio gracias a los dioses de lo alto.

El calor de la llama de la vela parpadeó en sus muslos. Sabía que aún no se habría consumido, pero ansiaba echarle un vistazo, ver, comprobar.

—Sé lo que estás pensando —dijo—. La vela aún no se ha consumido; no temas, cuando haya terminado con tu boca, me ocuparé de ella.

No podía responder, pues tenía la boca llena de su falo. Una breve imagen de su aspecto le vino a la cabeza: se preguntó lo que Frode pensaría si pudiera ver lo que ocurría en la casa que había construido con sus propias manos.

Le invadió un sentimiento de vergüenza. Había permitido que Gunnar la poseyera, que la tomara como quisiera. No luchó contra su fuerza, su dominio, pero entonces, ¿qué sentido tendría?

Frode nunca la habría tratado así: nunca la hubiera azotado, separado las nalgas o tratar su boca como si de su flor se tratase, pero ella amaba a Gunnar y quería complacerle. Quería ser su mujer obediente... su esposa obediente.

—Ah, mi amor, vas a hacer que derrame mi simiente demasiado pronto. —De repente, la sacó de la boca y le soltó el pelo—. Eres muy hábil en eso.

Respiraba deprisa, con los labios hinchados y la boca vacía.

Se apartó y se agarró el miembro.

—Debería revisar la vela que sobresale de ti, ¿no crees?

—Sí. —Le temblaban las nalgas. La piel aún le hormigueaba por los azotes, como si un nido de hormigas rojas se hubiera encaprichado de ella. Su agujero se apretó y se soltó; estaba segura de que eso movería la vela.

—Está ardiendo con fuerza —dijo—. Le queda algo de tiempo, pero lo has hecho bien, la cera no se te ha derramado por las piernas.

—He intentado quedarme quieta.

—Lo has hecho bien. —Le acariciaba el trasero, la parte superior de la pierna izquierda, y luego entre los muslos—. Ah, Ingrid... adivina qué he encontrado.

Capítulo once

Ingrid tragó saliva cuando Gunnar introdujo los dedos por sus húmedos e hinchados pliegues hasta su entrada.

—Estás mojada y lista para que te penetre. Tu sexo es tan ávido y exigente, incluso cuando te estoy castigando por tu mal comportamiento, cuando te azoto por tirarme cosas y cortarme.

—Yo... lo siento.

—Un coñito tan mal educado no se merece un falo —dijo—. ¿Qué opinas tú?

—Yo... deseo complacerte, Gunnar, lo que tú desees es lo que yo deseo.

Se rio, y un extraño ruido grave salió de su garganta.

—En ese caso, tomaré exactamente lo que quiero.

—¿Qué cosa?

—Algo que estás a punto de descubrir. —Sopló la vela, apagando la llama, y se posicionó justo detrás de ella. Le puso una mano sobre la nalga derecha para asegurarse de que no se moviera.

Y entonces retiró la vela de su ano con toda la lentitud del mundo. Por un momento pudo sentir su suavidad, su longitud, y luego cayó al suelo.

—Esto es lo que deseo —dijo, moviendo los dedos con rudeza por su sexo y frotando su punto dulce en círculos duros y rápidos.

Ella gimió y apoyó la frente en la mesa.

—Gunnar.

—Cubriré mi falo con tu humedad —dijo—, y después...

—Y después... ¡ah!

Su falo estaba en su entrada. La penetró, llenándola de una sola estocada.

—Ah, en nombre de todos los dioses. —Ella lo recibió en su interior y apoyó su botón hinchado en el borde de la mesa—. Sí, así.

Gunnar le puso la mano libre en la otra nalga y usó los dedos como tenazas en su trasero al rojo vivo.

Ingrid gritó y su corazón se aceleró. Pronto podría reclamar placer si él la estimulaba de esa forma por detrás. Sería tan bueno.

Pero entonces se apartó. Retiró su miembro y no volvió a entrar con un urgente movimiento de caderas como ella esperaba, por lo que arqueó la espalda y movió las caderas, buscándolo, deseando obtener placer ahora que los azotes habían terminado.

—No olvides tu lugar —dijo bruscamente—. Estás debajo de mí, inclinada para mi placer y no para el tuyo. Te estoy recordando tu posición. Estoy tomando lo que es mío, lo que poseo, lo que me pertenece.

El deseo se disparó por todo su cuerpo. Quería que la llenara con su miembro, con su simiente, que la llevara con él mientras encontraba su furioso y posesivo clímax.

—Quédate quieta, mujer, esto que haré será incómodo, chocante incluso, pero sucederá... ya mismo.

La suave cúpula de su miembro oprimió súbitamente su agujero trasero.

—¡Gunnar! —Ella intentó retorcerse, apartarse, pero no se movió ni un centímetro. Él la tenía bien agarrada por las nalgas.

—Oh, por el amor de Odín, ¿qué estás haciendo?

—Sabes lo que estoy haciendo: te he preparado, ahora relájate y toma mi gran falo vikingo en tu travieso ano.

Se quedó con la boca abierta mientras él aumentaba la presión. ¿De verdad creía que su miembro cabría ahí dentro? Era tan grande, tan duro y grueso.

Su agujero no podía resistirse ante él. Gunnar la sujetó con firmeza y extendió su apretado anillo muscular sobre el glande.

—Por los dioses... —jadeó—. Deberías verte así, con mi falo dentro de ti.

Ingrid no podía hacer más que imaginárselo, y gimió mientras su orificio se dilataba aún más. No iba rápido, sino que saboreaba cada pequeño avance.

Siguió y siguió. Su anillo de músculos se expandía.

—¡Ah! —Ella jadeó al sentir dolor, y entonces él estuvo dentro.

—Ah, dulce culito, tu dulce culito —dijo, apretando con más fuerza sus doloridas nalgas—. Esta no será la última vez que te haga el amor por aquí. Estás tan apretada, como un agujero virginal.

Soltó un gruñido bajo y primitivo y se hundió profundamente en ella, llenándola de una forma tan intensa que hizo que su feminidad llorara y su botón se hinchara. Siguió avanzando hasta que sus testículos hicieron presión contra su flor.

—Ah, mujer mía. —Le soltó las nalgas y se inclinó hacia delante, con el pecho en su espalda y la boca junto a su oreja—. Di que eres mía.

—Sí, sí, soy tuya. —Se quedó sin aliento y absolutamente llena. Este hombre que estaba dentro y sobre ella, era su mundo, su día y su noche, su respiración.

—Dilo otra vez.

—Tuya. Soy tuya.

Él movía las caderas, haciendo pequeños movimientos con los que salía un poco de su interior y luego entraba hasta el fondo de su ano.

Cada vez que llegaba a la profundidad máxima, el capullo hinchado de Ingrid rozaba la mesa. Gemía, y entonces la presión aumentaba. El peso de su miembro en ella era tan denso, tan pesado.

—Eres mía —le dijo bruscamente, con su aliento caliente contra su oído—: Nadie más te tendrá jamás. Eres mía, para siempre. Mía y solo mía. —Puntuó las tres últimas palabras con embestidas más profundas y fuertes, mientras el vello de su cuerpo rozaba la atormentada carne de su trasero.

—Ay, quiero más... —Ingrid apenas había tenido tiempo de pensar en lo increíble que se sentía tenerlo en su trasero, porque su orgasmo se acercaba a toda velocidad—. Más.

—No me des órdenes, mujer, o me retiraré y te dejaré con las ganas.

Se mordió el labio inferior, dispuesta a dejar de hablar, aunque quería gritar su deseo por él y exigirle que la satisficiera.

Siguió reclamándola, con su miembro grueso e implacable.

Cerró los ojos mientras la presión aumentaba. Su clímax iba a ser espectacular y profunda, y temió que su corazón no sobreviviera a la intensidad.

Y entonces estuvo muy cerca. Él la había estimulado mucho ya, y su sexo no podía aguantar más.

—¡Ah! ¡Gunnar! Voy a... —El placer explotó. Su orificio apretó su gruesa raíz una y otra vez, y oleadas de dicha se extendieron por todo su cuerpo.

Gunnar le rozó el lóbulo de la oreja con los dientes, su respiración se volvió atormentada

mientras él también llegaba al orgasmo.

Se estremeció y jadeó con ella. Nunca había conocido nada igual. Toda su pelvis estaba siendo asolada por espasmos salvajes, y cada uno disparaba dicha a su feminidad, su orificio trasero, y luego por todo su cuerpo.

Gemía con los dedos enroscados en la cabecera de la mesa, agarrándose a ella con tanta fuerza que sus nudillos habían palidecido.

Era consciente de que su miembro palpitaba. Los sonidos primitivos que emitía él desde su pecho y que resonaban en los hombros de Ingrid la hacían sentir un nuevo éxtasis. Eran uno: hombre y mujer. Nunca se había sentido tan segura, tan satisfecha, tan poseída y protegida.

—Mujer mía —dijo sin aliento—. Aprenderás a obedecerme en todo momento, es así como garantizaré tu felicidad y seguridad.

—Sí. Ah, Gunnar, sí, prometo portarme mejor. —Le costaba respirar—. Haré que te sientas orgulloso.

—Sé que lo harás. —Le besó la mejilla y luego la agarró del pelo, inclinándole la cabeza para poder capturar sus labios.

Sus lenguas se unían. El miembro de Gunnar entraba y salía de su orificio trasero con lentitud mientras se ablandaba.

Al final, sus respiraciones se estabilizaron y él se retiró. Enderezándose, apartó su pecho de la espalda cálida de Ingrid.

Ingrid estaba mareada, exhausta, agotada, con la piel húmeda y las nalgas doloridas. Un temblor empezó en sus rodillas y fue subiendo hacia sus muslos, su sexo, su vientre y luego a lo largo de su columna vertebral. Comenzaron a castañetearle los dientes y le temblaron los hombros.

—Mujer, estás bien, estoy contigo. —Arrojó su cuerpo con una gruesa alfombra de piel. Seguía temblando incontrolablemente.

Y entonces Gunnar la rodeó con los brazos y la levantó de la mesa sin dejar de sostenerla contra sí. La abrazó con fuerza y se acercó a la silla que había junto al fuego. Se sentó y la acomodó en su regazo, con la cara en el pliegue de su cuello.

Aspiró su aroma y sintió un temblor en todo el cuerpo. Era como si cada parte de ella se sacudiera.

—Tranquila. —Le apartó el pelo de la frente—. Estoy contigo.

—¿Qué... qué me está pasando?

—Has tenido una experiencia intensa, y tu cuerpo reacciona como si hubiera estado en una batalla.

—¿En una batalla?

Le besó la coronilla y la abrazó con fuerza.

—Sí, es de esperar después del dolor y el placer. Pronto pasará.

Cerró los ojos e intentó ignorar el escozor en las nalgas. Había tenido razón cuando dijo que no podría sentarse bien en una semana. En verdad había castigado su trasero a conciencia con la mano.

Pero todo lo demás no le dolía. Estaba tan envuelta en satisfacción del mismo modo que el pelaje la envolvía. La sensación la acunaba, como lo hacían los brazos de Gunnar. Su corazón seguía latiendo, cada latido mezclado con satisfacción.

Suspiró.

—Eso es, relájate. —Su voz era baja y suave—. No te dejaré ir, te cuidaré hasta que tú puedas cuidarte de nuevo.

Ingrid no sabía cómo Gunnar había llegado a ser tan sabio en esos menesteres. Tal vez fuera el resultado de muchos años de incursiones y batallas, o quizá fuera instinto vikingo. Pero eso no importaba: ella sabía que él la sostendría hasta que se sintiera más fuerte. Confiaba en que él siempre estaría ahí.

* * * *

Antaño, hubo ocasiones en las que el festival de invierno pasó de largo sin un festival tradicional. La razón es que no había suficiente comida para darse un festín. Sin embargo, este año, con las habilidades de caza de Gunnar, más los suministros que enviaron la reina Tove y el rey Njal, Ingrid estaba entusiasmada por celebrar el paso del día más corto del invierno.

Pasarían muchas semanas hasta que el sol asomara por el horizonte, como un breve saludo al principio, pero el calor y la luz se intensificarían hasta que finalmente el orbe dorado adornaría de nuevo el cielo primaveral.

Las plantas crecerían, los animales pastarían y las pieles, mantas y alfombras se limpiarían y se dejarían secar con una agradable brisa perfumada de hierba. Ingrid añoraba los meses de verano, los chapuzones en el lago y los amplios cielos azules.

—*Skål* —dijo Gunnar, levantando un cuerno de hidromiel—. Por nuestro festival de invierno.

—*Skål*. —Ingrid levantó su vaso de suero de leche. Últimamente no le gustaba el hidromiel.

—El ciervo huele bien —añadió Gunnar, removiendo el caldo—. Te traeré un cuenco.

—No, déjame hacerlo a mí. —Dejó su suero de leche a un lado y se puso de pie—. ¡Ah!

—¿Qué pasa? —Se volvió hacia ella con el ceño fruncido.

—Estoy... —Se frotó la sien—. Estoy un poco mareada.

—¿Por qué?

—Debo estar cansada. —Señaló la mesa cargada de pan de centeno recién horneado, montones de pepinillos, nueces sin cáscara y repollo—. Ha sido un día ajetreado.

—¿Te cansa cuidar de los animales?

—No, me gusta cuidarlos. Tendremos recién nacidos en primavera. Las dos cabras jóvenes están preñadas, el carnero que trajiste ha hecho bien su trabajo.

—Eso está bien. —Señaló su silla—. Siéntate.

—No, puedo servirte, es mi deber.

—También es tu deber obedecerme, ahora siéntate, mujer, antes de que te azote.

Ingrid se sentó. Estaba agradecida de que ya no le dolieran las nalgas de los últimos azotes. Habían pasado casi siete noches desde que Gunnar la había volcado sobre la misma mesa en la que ahora se celebraba el banquete y le había metido una vela y luego la penetró por detrás.

—Ten. —Le entregó un cuenco de caldo humeante—. Come, necesitas tu fuerza en invierno, y me ha complacido ver que ahora tienes más carne en los huesos. Cuando llegué, parecías muy frágil.

—Sí, es bueno tener comida. —Aunque mientras miraba su comida, se le revolvió el estómago.

Gunnar se llevó el caldo a la boca con una gran cuchara de hueso de ballena.

—Mmm, está bueno. —Le hizo un gesto con la cabeza—. Come.

—Quizá luego. —Dejó el cuenco a un lado.

—Ingrid. —Gunnar la miró fijamente, con la cuchara a medio camino—. Me preocupas.

—No hay por qué preocuparse. —Se encogió de hombros—. Estoy cansada, eso es todo.

Dejó la comida en la mesa y se levantó. Caminó alrededor del comedero, con el ceño fruncido.

—Es el festival de invierno, ¿correcto?

—Claro que sí, estamos de fiesta.

—Y llegué a la primera nevada, hace dos lunas llenas, o quizá más.

—Sí. —Ella vio su mirada perdida, y entonces le cayó encima una avalancha de revelaciones. De repente, sabía lo que él estaba pensando, conocía la idea que había surgido en su mente.

Durante dos lunas llenas había estado vaciando su simiente en ella, manteniéndolos a ambos calientes y satisfechos en los días más fríos.

Y ahora, como las cabras, estaba encinta.

¡Un bebé!

Un bebé, otra vez. ¡Estaba encinta! Era una idea maravillosa que le alegró el corazón al instante. ¿Podría ser tan afortunada? ¿Acaso los dioses habían diseñado su destino para que diera a luz al hijo de Gunnar de Barosvik, su hijo, un fuerte guerrero vikingo?

—Gunnar —dijo en voz baja.

Se dio la vuelta y se pasó la mano por la barbuda mandíbula.

—Sí.

—Desde hace dos lunas, no he...

—Continúa. —Frunció el ceño.

—No he sangrado.

—¿Y esperabas hacerlo?

—Por supuesto.

No habló. Sus fosas nasales se le ensancharon mientras respiraba profundamente.

Se puso la mano en el vientre.

—Estoy embarazada —dijo suavemente.

Asintió con un rápido movimiento de cabeza.

—Sí, creo que es así.

Ella tragó saliva. ¿Estaba contento? ¿Qué haría ella si no lo estuviera?

Se acercó, se acuclilló ante ella y le puso las manos en las rodillas.

—Mi hijo. Mi primer hijo. —Hizo una pausa, la emoción brillaba en sus ojos—. Y sé que serás una buena madre para mi hijo. Cariñosa y afectuosa, fuerte pero suave.

—Haré lo que pueda.

—Ya has criado a una reina, mujer mía, y también criarás a un guerrero. Lo sé, tal como sé que mi corazón te ama.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de felicidad.

—Yo también te amo.

Gunnar se inclinó hacia delante y le apartó la mano del vientre. La besó a través de la ropa, en el lugar exacto donde ella creía que estaba creciendo su bebé. Cerró los ojos.

Ingrid le tocó el pelo trenzado y se preguntó qué estaría viendo en su futuro. ¿Un bebé en sus brazos? ¿Un hijo con el que construir una barca? ¿O un guerrero con el que asaltar y luchar, un hombre al que podría defender y defendería con su vida?

—Criaremos al niño aquí —dijo—. Y nos aseguraremos de que aprenda las costumbres de la tierra: cazar y atrapar, construir una casa y barcas, entender las estaciones y los animales que comparten las montañas y los lagos con nosotros.

—Pero, ¿y tus viajes?

Hizo una pausa.

—He viajado durante muchos años. Quizá los dioses me han enviado este obsequio para domar mis andanzas.

—¿Quieres quedarte y vivir aquí para el resto de nuestras vidas mortales?

—Sí, haremos de esta granja un éxito. Tendremos una familia.

Ella asintió.

—¿Puedo preguntar una cosa?

—Sí, por supuesto. —Le acarició el vientre, el calor de su mano se extendió por su piel.

Contempló las sombras que bailaban en su rostro.

—¿Todavía podemos ir a Halsgrof a ver a la reina Tove en primavera?

—Eso sería lo ideal.

—¿Sí?

—Sí. —Gunnar hizo una mueca—. Puesto que tengo poca experiencia en partos, es mejor que te ayuden mujeres.

Ella sonrió.

—Eso es cierto.

Gunnar se levantó y tiró suavemente de ella. La abrazó y la rodeó con sus brazos.

—Cuando el rey Njal me encomendó la tarea de llevar suministros a Cativad, no estaba contento. Después de meses de viaje, todo lo que quería era cenar hidromiel con los guerreros y discutir sobre nuestros viajes, planear nuestras próximas incursiones, pero...

—¿Pero?

Sus ojos se clavaron en ella.

—La tarea ha resultado ser una de las más importantes de mi vida. Fue como si el rey hubiera hablado directamente con los dioses y ellos hubieran planeado nuestro encuentro, Ingrid; nuestro invierno juntos.

—Oh, Gunnar. —El corazón de Ingrid se hinchó de amor—. Cuando golpeaste mi puerta aquella noche mi vida cambió, mi mundo cambió, y ahora no puedo imaginarme que no estés en él, y que no estés mi lado. Estoy tan orgullosa de llevar a tu hijo en mi vientre. No te defraudaré.

—Sé que no lo harás, esposa mía.

—¿Soy tu esposa?

Se rio entre dientes.

—Es justo que nos casemos a nuestra llegada a Halsgrof.

—¿Deseas que sea tu esposa?

—Solo si deseas que sea tu marido. —Alzó las cejas.

—Sí. Ah, más que nada en esta tierra, eso es lo que deseo.

Ingrid se sintió como si volara en las nubes, como si fuera un águila en lo alto de la felicidad. Por primera vez en tantos años su futuro era brillante y cálido. Con Gunnar a su lado, sería un verano eterno, y volvería a ser madre y esposa, deseos que ni siquiera se había atrevido a soñar.

Los dioses habían sido buenos con ella. Tal vez habían olvidado que existía, pues había estado viviendo tranquilamente con Tove a solas junto al lago. Pero solo la habían olvidado por un tiempo, porque entonces enviaron a un guerrero fuerte y sabio que la amaba y al que ella amaba a su vez.

—Entonces está decidido. —Gunnar inclinó la cabeza—. Seremos marido y mujer. —Presionó sus labios contra los suyos, sellando su futuro juntos en esta vida y en la siguiente con un maravilloso y profundo beso. El suyo era un vínculo que no podía quebrarse nunca.

EL FIN

“Words will not fix this, Ingrid.” He pointed at the longhouse. “Now get yourself in there before you earn more swipes to your behind.”

Her rump tingled, and she clenched her buttocks. It had been some time since her last spanking. 'Haps she'd forgotten how much she hated it and that was why she'd been brave enough to hurl something at him. Oh, she'd been so foolish. The boat had already been ruined. Why had she made such a fuss?

“The longhouse,” he shouted and pointed at it again. “And do not think I will go easy on you, wench.”

SOBRE LA AUTORA

Lily Harlem es una escritora de novelas románticas sensuales, ganadora de varios premios y *bestseller*. Escribe sobre muchos géneros y parejas, así que hay muchas opciones de donde elegir en su sitio web.

Y si estás suscrito a Kindle Unlimited, no pierdas detalle de sus muchos títulos disponibles [aquí](#).

RENDIDA ANTE EL GUERRERO VIKINGO es una novela independiente que se deriva de [MASTERED BY THE VIKING KING](#), así que no te quedes sin conocer a Tove, la hija de Ingrid, y a su dominante nuevo marido real: el rey Njal.

[Sitio web](#)

[Boletín – NOVELA GRATIS](#)

[GRUPO DE FACEBOOK VIP](#)

Descubre tu próxima aventura tórrida...

[Hombre/Mujer](#)

[Hombre/Hombre](#)

[Ménage a Trois](#)

[Harén Inverso](#)

[Romance Histórico: INCLUYE MÁS VIKINGOS](#)

[Romance Paranormal](#)

[Audiolibros](#)

Si te gustan los libros de Lily, no dudes en hacer reseñas y publicarlas en las redes sociales. Y si el romance histórico es lo tuyo, únete al grupo de Facebook [HISTORICAL HARLOTS](#), el cual suelo frecuentar con un grupo de otros autores estupendos.